

EMOCIONES

*Tu vida es única, recuérdalo cada mañana.
Utilízala para intentar hacer lo que más te gusta.
Cumple tus deseos, te aseguro que vendrán más.*

PARA MARTA.

RIMA LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
de los senderos busca;
las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza,
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas;
en donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

Gustavo Adolfo Bécquer

Soy Marta Bermejo Soler y me gustaría hablarte sobre mi vida actual. Hoy las cosas son diferentes, ya no es como al principio, lo tengo todo bajo control y me encuentro muy cómoda en ella.

Nací en la ciudad de Salamanca, en el seno de una familia de buena posición social y económica. Mi hogar estaba situado en la calle Zamora, cerca de la Plaza de los Bandos, en un ático demasiado grande para tres personas. Una enorme terraza llena de macetas y árboles enanos acompañaba mis tardes de juegos cuando era pequeña.

Mi infancia estuvo repleta de paseos con mis diferentes niñeras bajo los soportales de la Plaza Mayor. Horas en las que mi diversión no pasaba de esconderme tras cada una de las centenarias columnas y comprar *sobres sorpresa* en el kiosko que había frente a mi portal.

¿Sabías que antiguamente la Plaza Mayor contaba con multitud de jardines y un kiosko de música en el centro? A lo largo del siglo XX fue quedando diáfana para acabar siendo como la conocemos.

Mis padres, ocupados eternamente con sus negocios o con sus amigos, potenciaron una falta de comunicación en el entorno familiar, que empezó a generar problemas nada más aparecer mi adolescencia.

A los trece años perdí la virginidad. Para entonces, mi cuerpo se había desarrollado y aparentaba más edad. Una tarde que Rosalía, la chica del servicio, había salido a la compra, me quedé a solas con mi primo Miguel haciendo los deberes en la sala de lectura. Las miradas iban y venían entre nosotros desde hacía unos meses y los roces aparentemente involuntarios cada vez eran más frecuentes. Miguel se encontraba en esa fase en que las hormonas están en constante ebullición, al igual que yo.

Recuerdo dirigirme a la cocina en busca de galletas de nata, que eran las que devoraba en mis tardes de estudio. Solían guardarlas en una lata redonda, metálica, lacada en color rojo, cuya imagen aún conservo en mi memoria.

En un abrir y cerrar de ojos recuerdo sentir a Miguel detrás de mí con sus manos por dentro del sujetador. No le aparté, de hecho me gustó. En mi interior estaba deseando que alguien me tocara, me abrazara, quizá solo que me hiciera caso, o que me deseara, no lo sé. Me volví torpemente para ofrecerle mi boca y él correspondió hundiendo su lengua en ella con tal pasión que comencé a sentirme realmente excitada, tanto que yo misma buscaba sentir su piel caliente junto a la mía. Una cosa llevó a la otra y terminamos haciéndolo allí mismo, sobre el hule de cuadros azules y blancos que cubría la mesa cuadrada de la cocina.

Con la llegada de Rosalía todo volvió a la normalidad. Bueno, todo no, mi cara estaba tan desencajada que la niñera me propuso acostarme pronto suponiendo que “habría cogido frío”.

Ya en la cama mi cerebro se centró instintivamente en la valoración del acto sexual, que resultó ser muy negativa. No había vivido ese momento de acuerdo a mis expectativas. Para mí era evidente que algo habíamos hecho mal, generándose en mi interior un enorme sentimiento de culpa.

En mi mente se instaló la idea de tener que repetirlo. Debía comprobar si esa vez había sido una excepción o realmente el sexo estaba sobrevalorado.

Adquirí entonces un comportamiento que ansiaba conseguir ese instante cumbre, siempre conforme a ese nivel establecido en mi cabeza.

Ya en el instituto, la permisividad de mis padres se amplió aún más. Empezaron a considerarme una adolescente responsable para decidir y cuidar de mí misma.

Los fines de semana con esa enorme casa vacía y las fiestas con los compañeros fueron todo uno. Empecé primero de bachillerato bebiendo cerveza y lo terminé diferenciando varias marcas de vodka con solo olerlas.

La inseguridad, la culpa, la curiosidad y la falta de guía por parte de mis progenitores, unidas a una incomunicación total con ellos, hicieron que se alimentara mi necesidad de sexo con diferentes parejas. No tenía en cuenta su procedencia, ni su porte, ni su belleza, solo importaba que me sintiera atraída por ellos. Debía encontrar el hombre que se adaptara a mis necesidades, a mi cuerpo.

Por otro lado, esa promiscuidad adoptada por bandera me hizo tener pocas amigas y mala reputación. Sin embargo a mis fiestas seguía acudiendo la suficiente variedad de chicos como para continuar deshaciendo camas en busca del momento dorado.

Mientras cursaba el COU no pude reprimir la atracción que me provocaba mi profesor de filosofía, cosa que nunca me había ocurrido con un hombre mayor. Un señor maduro, serio, aparentemente tímido y reservado, en el que encontraba un atractivo inexplicable. A diario imaginaba cómo sería follármelo durante el recreo en la sala de tutorías, sobre los expedientes de las compañeras. Incluso fantaseaba con cabalgar sobre su sexo mientras las observaba pasear o hablar de manera inocente en el patio, a través de la ventana del despacho.

El responsable y felizmente casado profesor terminó mordido por esta serpiente, que he de decir que para entonces, se había convertido en una joven muy atractiva.

Con el paso del tiempo la cosa fue a peor. En la Universidad vinieron las fiestas diarias, las drogas de diseño y el sexo en plena calle tras el cierre del garito de turno.

Camareros, estudiantes, profesores, abogados, obreros, taxistas,..., pijos, punkis, heavies, hippies, gente del montón,..., todos eran víctimas de mis ganas de sentir.

Cada ocasión parecía la más apropiada para alcanzar ese máximo placer. En cada una de ellas el deseo se apoderaba de mi mente y, evitando la razón, mi cuerpo se entregaba por completo. Pronto llegó el remordimiento, el aumento aún más de la culpa y el consiguiente incremento del consumo de sustancias que intentarían evitar ese estado.

La ausencia de amigas debido a ese comportamiento y mi dificultad para asumir la hipersexualidad, dieron lugar al auto rechazo.

Cabalgaba entre la depresión y los momentos de placer. Cuanto mayor era la primera, más grande era la necesidad de encontrar nuevos hombres que me entregasen el antídoto contra el hastío. Obviamente el resultado era el contrario del pretendido, haciendo que esa bola de nieve creciese exponencialmente.

Animada por mis padres, que extrañamente llegaron a notar un comportamiento inusual en mí, mudé mis madrugadas a la zona sur de Madrid. Inicialmente mi padre me consiguió trabajo en una conocida revista como asesora de imagen, lo que me permitiría cubrir los gastos más directos, mientras él asumía el alquiler y los gastos extras.

Esta nueva independencia que generaba ciertas responsabilidades, sobre todo para poder sobrevivir sola en una gran ciudad, fue curtiendo la personalidad de una mujer más segura de mí misma y cada vez más fría por dentro.

Terminaría asumiendo mi problema y mis limitaciones, a la vez que decidiría seguir utilizando a los hombres, aunque no como hasta ahora..., una mujer con muchos *follamigos* puede tener la suerte de tener también muchos ingresos.

Cubrir esa necesidad sexual me llevó en los primeros años de la estancia en la capital a la prostitución en plena calle. Ser utilizada por un hombre y recompensada económicamente por ello era una faceta que deseaba explorar. Recibir dinero a cambio de sexo no me hacía sentir bien, pero curiosamente me excitaba. Solía dedicar las tardes de mis fines de semana a pasear por la Casa de Campo o los polígonos de la zona sur, con la suficiente cautela para no meterme en líos con las otras chicas. Eso me permitía poder encontrar algún amante que me proporcionara placer.

Más adelante decidí ponerme la vida más cómoda. Dejé el trabajo en la revista sin comentarlo con mis padres y les convencí para que me compraran un apartamento en una séptima planta de Rafael Finat, a dos calles de mi casa de alquiler, cerca del metro de Aluche. Allí me acostaba mayoritariamente con hombres mayores y poco a poco fui

ampliando clientela y subiendo el caché. Pagaban bien y eso me permitía costear fácilmente el piso de alquiler, que no abandoné, y darme algún que otro capricho.

Supongo que visto desde tu posición no parezco una persona normal, incluso es posible que pienses que necesito la ayuda un psicólogo, como poco. Sin embargo, mi camino en la vida se ha ido parando en unas determinadas estaciones que forman parte de mí, y he decidido asumirlas y vivir en paz con ellas. Yo también pensaba que estás cosas sólo le pasan a otros,..., pero ya ves.

Actualmente y tras pasar por otras fases, me he especializado en BDSM. Engañé a mi madre para comprarme un buen coche y utilicé el dinero para la reforma de mi lugar de trabajo. Modifiqué las paredes dejando una sola habitación ubicada tras un pequeño recibidor. Eliminé la cocina y amplié el baño. El resultado es un espacioso salón de trabajo que dispone de una zona de *office* para preparar cosas sencillas, como café o tostadas.

Amante de las nuevas tecnologías, coloqué climatizador y persianas eléctricas conectados al *wifi*, iluminación inteligente y sensores de incendio y robo controlados desde una *App*. Hasta me compré una cerradura electrónica para la casa que incorpora apertura a distancia desde el móvil. Valoré la adquisición de una nevera inteligente con cámaras interiores que permiten visualizar los alimentos que te quedan cuando estás en el supermercado a través del teléfono, pero lo descarté rápidamente, no se trataba de mi casa, sino del lugar de trabajo. Por supuesto compré un asistente virtual controlado por voz para gestionar todos esos sistemas electrónicos.

La decoración y los colores son muy importantes en estos ambientes. Techos en color negro y paredes en tonos cálidos y rojos, friso de cuero negro hasta media altura en la zona del *office* y remates de piel en los esquineros sobre un suelo de falsa tarima lavable en color *wengué*.

Amueblé la estancia con todo tipo de aparejos propios del *Bondage*: arneses, poleas, potros, cepos, sillas, jaulas,..., armarios llenos de látigos, fustas, plumas, cuerdas, pinzas, trajes de cuero, máscaras,..., y un gran número de zapatos y botas negras de tacón, de muy distintos modelos.

Mis servicios funcionan solo mediante cita previa, que se concierta a través del *wasap* del móvil de prepago o de mi correo electrónico profesional. Normalmente puedes encontrarme entre las doce de la mañana y las nueve de la noche, de lunes a viernes. Raro es el fin de semana que trabajo, aunque a algunos clientes les atiendo de forma especial, digamos que ya son como amigos.

Volvamos a mi casa de alquiler donde vivo y donde me he hecho un hueco en el barrio. Es un piso modesto de la calle General Fanjul, con dos habitaciones, un baño, cocina y salón de paso. Me encanta la ducha, muy amplia y sin plato, de estas modernas que te permiten moverte con mucha libertad. La verdad es que el baño está bastante reformado, es lo mejor de la casa, porque la cocina,..., mejor no hablar de ella, es pequeña y demasiado retro para mi gusto, aunque no me importa demasiado.

Cuando firmé el contrato de alquiler lo primero que hice, con autorización del dueño, fue pintar el salón en tonos grises y azules, a juego con el sofá azulón. Para la habitación de matrimonio escogí tonos en marrón oscuro, amarillo y blanco, edredón en blanco nieve y tonos suaves en los cojines de la cama con algún amarillo canario que resalte.

La decoración tampoco era gran cosa, así que me encargué de darle algún toque personal. He colocado láminas de cuadros minimalistas en la entrada, con líneas muy sencillas. Copias de Miró en el dormitorio y una reproducción barata de *Tensión Suave* de *Kandinsky* encima del sofá, mi preferido. También he cambiado las cortinas por paneles japoneses y he guardado todos los adornos del mueble del salón en una caja para sustituirlos por elementos de cristal, me encanta la decoración con cristal.

Lo mejor de la casa es una pequeña terraza con vistas a los campos de fútbol de un polideportivo del Ayuntamiento, donde disfruto tomando café por las tardes y viendo entrenar a los chavales de la zona. Ver esos cuerpos jóvenes, llenos de vida, de fuerza, hace que me sienta con más energía.

Me considero buena vecina, amiga de la tienda a pie de calle, que valora la necesidad del consumo en los comercios cercanos. Suelo ser amable con mis compañeros de escalera quienes desconocen por completo mi faceta laboral.

La señora Rufi, con la que comparto rellano, es a la única que he oído comentar que “no soy trigo limpio”. Está al tanto de las visitas que Mariola me regala muchas tardes con el uniforme de trabajo y aprovecha para cotillearlo en el portal con cualquiera que se cruza, no tiene reparo ninguno, ni siquiera en decírmelo a la cara.

No te he hablado de Mariola. Ella es rumana y la considero mi mejor amiga. Ahora ejerce la prostitución en un club a la salida de Alcorcón, donde la tratan bastante bien, pero nos conocimos trabajando juntas en el Marconi cuando llegué a la capital. Hemos pasado muchas tardes y noches juntas en esas calles, protegiéndonos y acompañándonos.

Hoy por la mañana y como de costumbre, he bajado al pequeño supermercado de la esquina a comprar las cuatro cosas que necesitaba; huevos, pan, suavizante, café soluble en sobres individuales, semillas de sésamo para ensaladas, fiambre de pavo al peso y algo de fruta. Siempre me saluda amablemente la cajera.

- Hola Marta, buenos días.
- Buenos días, Elena – pronuncio entre bostezos.

Me gusta comprar tranquila y recrearme mirando las ofertas. Comparo los precios de distintas marcas, aunque termine siempre comprando las mismas. Me relajo comprobando el precio por unidad y por kilo de los productos que compro habitualmente, y ya he encontrado más de un error en los cálculos, lo que considero un pequeño intento de timo por parte del establecimiento. Es un ritual que me permite estar en contacto con el mundo real, presente en mis actos, sin pensar en nada más, sin juicios, sin preocupaciones, sin sobresaltos, sin miedos.

Una vez recopilados los productos frescos, me he dirigido a las estanterías del supermercado, donde he sido sorprendentemente asaltada por Elena.

- ¡Perdona, Marta!
- ¿Qué pasa?
- Un chico ha traído tu bolso a la caja. Dice que lo ha encontrado en el suelo. Se te habrá caído
- ¡No jodas! – exclamé mientras miraba asustada hacia la balda del carro donde suelo dejarlo.
- Toma. Mira a ver si...

Aliviada he comprobado que no faltaba nada. La cartera estaba intacta, el dinero e incluso las tarjetas de crédito, la documentación, el móvil y las llaves de casa también estaban.

- ¡Menudo susto, Elena!
- Ya, tía,..., de todos modos yo anularía las tarjetas por si acaso.
- Sí, igual llevas razón.

He subido a casa algo sobresaltada y he bloqueado las tarjetas desde el móvil por si acaso, así que ya está, solo un susto...

Voy a tomarme un té de vainilla mientras me relajo en un baño de espuma, que en una hora tengo una cita con uno de mis clientes favoritos. Le tengo cierto cariño, se hace llamar Rómulo y es uno de mis preferidos sobre todo porque es un trabajo fácil. A ver, me refiero a que no requiere mucho esfuerzo teatral. Además es de los pocos clientes con los que mantengo relaciones sexuales, ya que la mayoría buscan otro tipo de estímulos. Rómulo disfruta contemplándome enjaulado desnudo mientras le hago saber quien manda y después le gusta que le saque a pasear por el salón con su correa al cuello.

Aunque lo que más le excita es que le ate sentado en un potro y cabalgue sobre su miembro hasta que termina, calzando mis botas largas de tacón alto, que son verdaderamente incómodas.

Mi nombre es Sebastián Saavedra Llanos. Soy un chico de veinte años, diría que eternamente marcado por la sonrisa, y quiero contarte cosas sobre mí.

Tengo la suerte de contar con los padres más maravillosos del mundo, que me han apoyado en todo desde que tengo uso de razón.

Siempre he sido diferente a los demás, el rarito de la clase, aunque no vayas a pensar que he sufrido por ello,..., ¡no, no! Yo siempre he sido el niño feliz que todos veían, soy muy transparente.

Cuando se metían conmigo en el instituto, o incluso cuando querían pegarme, yo sacaba una de mis mejores sonrisas y comenzaba a hablarles hasta aburrirles o convencerles de que lo que hacían estaba fuera de lugar. Además siempre contaba con el apoyo de la mayoría de las chicas de mi clase.

Si estás pensando lo que estás pensando,..., sí, soy gay. ¿Desde cuándo? Pues déjame que piense,..., ¡pues desde siempre, tonto! Yo soy así desde que recuerdo y no por ello soy ni mejor ni peor que el resto de los mortales.

El siglo pasado debía ser difícil vivir en esa oscuridad, sin poder salir a la calle siendo tú mismo. Ahora es muy diferente, aunque queda mucho neandertal al que educar en los conceptos de respeto e igualdad. Siempre nos han tratado como seres antinaturales,..., pero, ¿quién me ha creado a mí si no ha sido la naturaleza? ¿Soy un defecto? Pues verás, hay muchos animales que muestran conductas homosexuales, como las monas, los escarabajos o las ovejas domesticadas, y todos ellos son muy naturales. De hecho, la teoría de la evolución de Darwin implica que los genes han de transmitirse a la siguiente generación para no desaparecer. Así, un gen que impulsa a un animal a tener relaciones homosexuales tiene pocas posibilidades, o ninguna, de pasar a la siguiente generación, y esto haría que la homosexualidad desapareciese. Sin embargo, parece que no ocurre,..., ahí lo dejo.

Me gusta pensar que mi nombre fue elegido en honor al mártir asaetado, San Sebastián, convertido en el primer icono de mi comunidad de la historia. Y que sepas que esta paja mental la utilizo para intentar ligar cuando me presentan a algún chico guapo, y da mucho juego. Cuando se lo suelto a alguno y veo que le interesa, o incluso pregunta detalles, se me dispara la testosterona, la adrenalina, la bilirrubina y yo qué sé cuántas sustancias más dentro de mí.

Eso sí, en el amor nunca he tenido suerte. Me he sentido atraído por un montón, como todo el mundo y no creo que llegue al uno por ciento los chicos que me han devuelto la sonrisa. Es cierto que ser homosexual te limita el campo de acción, pero aun así, ya te digo yo que no he tenido suerte.

Te voy a contar,..., mi primer ligue me lo eché a los dieciséis, un verano en una playa de Torremolinos. Un *guiri* que estaba de vacaciones con sus padres en un hotel justo al lado de nuestro apartamento. El chico era dos años mayor que yo, pero mentalmente tendría al menos cuatro o cinco menos. Después de muchas miradas de reojo entre sombrillas ajenas y muchos viajes hasta la orilla para probar el agua con los pies, en un último intento de tirar el anzuelo, vinieron los paseos hasta la punta de los espigones solitarios. Allí no pasamos de meternos mano mientras nos bañábamos y de algún beso entre las rocas, todo para que sus padres no nos descubrieran. No volví a saber nada de él, me bloqueó el *Insta* y el *Wasap*.

No lo he dicho, pero mis padres están al tanto de mi condición sexual y a día de hoy no he recibido ningún castigo, ni charla psicológica, ni siquiera una mala cara por ello,..., ¿qué raro, no? De hecho creo que ellos lo saben desde antes que yo. Llegada la adolescencia, en la típica pregunta de tu progenitor “¿te gusta alguna chica de clase?”, mi madre ya me hablaba en género masculino.

Después del *guiri* vinieron algunos que prefiero no recordar y otros que no recuerdo, porque mi amiga Lara desde hace unos años no hace más que fumar de todo y ofrecer durante continuamente,..., y uno no sabe contenerse.

El año pasado estuve quedando durante seis meses con mi exnovio, Marcos. Cuando le conocí enseguida se interesó por mí y yo me sentí el hombre más afortunado del universo. Literalmente vivía en una nube, me daba igual no comer o no dormir. Sentir su abrazo, su calor, mirarle a los ojos me alimentaba. Era el chico más íntegro que había conocido nunca, honesto, directo, sincero, y el más guapo claro. Presumía de no apoyarse jamás en las mentiras, ya que solo hacían daño a los humanos. Vivía muy cerca de mí, por La Vaguada, así que podíamos vernos todas las tardes sin demasiado esfuerzo. Nuestras conversaciones eran eternas y nuestros abrazos también. En una semana estaba súper enamorado y en menos de un mes estaba desnudo en su habitación, un sábado que sus padres se habían marchado a la playa. Estaba deseando sentir sus labios, su piel. Risas, amistad, vergüenza, complicidad, inexperiencia, besos, dolor, placer, satisfacción, relax, amor,...

Pues sí,..., todo era demasiado bonito, hasta que dejó de serlo, tardé demasiado en darme cuenta de que estaba jugando conmigo. Era tan guapo como mentiroso, infiel y capullo. Le pillé un día el móvil desbloqueado y, aunque sé que no debí mirar, encontré que hablaba de mí con sus amigos como si yo fuera un objeto al que tenía dominado, diciendo que iría con él hasta el infierno, – en esto último llevaba razón el cabronazo. También había una conversación con un tal Johnny, donde le agradecía el rato que habían pasado en su coche la noche anterior y le pedía que no se lo contara a nadie,...,

en fin,..., que no hay que darle más vueltas. No tengo tiempo para aguantar personajes que no merecen la pena.

Con Marcos aprendí que debo ser más cauto, que debo darme más tiempo para conocer antes de juzgar y clasificar a alguien. No puedo enamorarme de una cara bonita ni encasillar a un chico con cuatro conversaciones. Tengo que dejar espacio a la capacidad de conocer del ser humano, pues esos detalles que se asemejan a los de otros hombres hacen que mi cerebro no juzgue objetivamente.

Claro que, con tanto raciocinio, tanto valorar y tanto ataque repentino de madurez,..., me quedé solo durante una buena temporada.

Entonces apareció Ahmed. Llevo con él desde Marzo y estoy muy enamorado. He querido ser prudente y no subirme corriendo a la nube como hice con Marcos, aunque me ha resultado bastante difícil.

Es un chico tímido, muy guapo, con unos preciosos ojos negros que hipnotizan y una sonrisa traviesa que solo le sale junto a mí, en la intimidad.

Nos conocimos en la facultad. ¿No te he dicho lo que estudio? Pues mira, después de darle muchas vueltas a mi cabeza, a los consejos de mis padres, a la evaluación de mi orientador, a la nota de la EBAU a ver si me llegaba y a la distancia a la que estaría la Universidad desde mi casa, por no hablar del precio de la matrícula,...¡uff! Pues eso, que después de mucho esfuerzo, me matriculé en un Grado de Ingeniería Informática en la Universidad Europea de Madrid, en su campus de Alcobendas, con el beneplácito económico de mi padre, claro.

Ahmed estudia lo mismo que yo, claro, le viene de familia, su padre trabaja como desarrollador informático en una multinacional, aunque no creas que es un puestazo. Esos dos o tres cruces de miradas y nuestras primeras conversaciones iniciales hicieron que se activara mi radar gay, ese que nunca se equivoca. En los siguientes días me pidió acompañarle a la biblioteca para aclararle algunas dudas sobre la clase de *lógica y estructuras discretas*, y siempre recordaré esa tarde porque terminamos morreándonos en los baños de la cafetería.

Pero,..., eché el freno. Le dije que teníamos que ir más despacio.

Debo confesar que se me cayó el mundo al suelo cuando me invitó a pasear la mañana del veintinueve de marzo por los Jardines de La Vega y más cuando me llevó a ver el Museo del Bonsái que me pareció súper romántico. Era Jueves Santo y me extrañó que estuviera abierto, pero admito que fue un gran acierto. Me gustaron todos, sobre

todo los de hojas amarillas y los que tenían frutos en miniatura. La fragilidad, la paz que irradian y la dedicación de sus guardianes son impresionantes.

Ahmed me explicó que los bonsáis son considerados objetos de culto por los monjes taoístas que los cuidan, ya que un bonsái es símbolo de eternidad. Esa mañana me pidió que fuera su Bonsái, su eternidad,..., y yo,..., yo me acordé del cabrón de Marcos y le dije que mejor íbamos a tomar una Coca-Cola.

Quería que se lo trabajara aún más, así que decidí hacerme de rogar y dejar que todo fuera así, despacio. Sus atenciones durante las primeras dos semanas, los detalles, las conversaciones por *wasap* todas las noches,..., esa sensación maravillosa fue de plenitud. El chico merece la pena, me dije – sí, me lo digo con todos, ¿qué pasa?

En esos días, se me ocurrió comentar en casa que tenía novio y eso, y, ¡madre mía!...se formó un buen revuelo. Mi madre encantada, porque es tan guay que siempre está encantada con todo lo que hago.

¿Y mi padre? ¡A mi padre casi le da un parraque! No tiene ningún problema con que tenga pareja, de hecho confiesa que prefiere que sea así. Siempre comenta que así estoy más seguro, más protegido y él más tranquilo.

El escándalo fue porque ¡es musulmán! Es la primera vez que veo a mi súper padre alterarse tanto. Dice que no se puede ser gay y rezar a La Meca, que para ellos va contra natura y es considerado pecado mortal. Que a la larga eso me traerá problemas y no quiere verme sufrir. Y digo yo,..., qué más da hacia donde mires cuando hablas con Dios, si lo importante es lo que sientes en el corazón, ¿no?

En fin,..., preferí no contestarle lo que pensaba e intentar correr un “estúpido velo” sobre el tema hasta que se fuese adaptando a lo que hay, que está la cosa muy mala para andar dejando pasar oportunidades.

Es verdad que después, a solas en mi cuarto, estuve pensando sobre el tema: entonces, ¿mi chico no puede contárselo a sus padres? ¿Siempre tendrá que estar ocultándolo? No me digas que tiene que elegir entre su instinto sexual, su familia y su religión...

Nunca he sido mucho de exhibir muestras de cariño en público, pero, ¿me estás contando que nunca podremos ir de la mano por la calle? ¿Incluso que podrían empujarle a casarse con una mujer, sabiendo que no la ama?... no puede ser verdad.

No concibo vivir a escondidas, desperdiciar tu vida en una mentira, haciendo una cosa y sintiendo otra, no lo entiendo. ¿Por qué? ¿Para qué?

Tampoco entiendo a mi padre, nunca le había considerado racista...en fin.

La relación fue avanzando y ayer, trece de abril, Ahmed me propuso una cena romántica en su casa. Me pareció que era el momento ideal para dar un paso más en la

relación. Este fin de semana sus padres han salido fuera de Madrid y no hay problema con su hermano mayor, que se va a casa de un amigo a dormir.

Realmente estoy nervioso, pero me apetece un montón tener sexo con él. Reconozco que será una noche muy especial y espero que se porte como un caballero. No te voy a dar detalles de lo que ocurra, solo quiero que sepas que estoy seguro de que mi novio dará la talla.

Jueves 12 de Julio de 2018

Con la mirada fija en mis pies, bajo las escaleras del hotel que conducen hacia la zona de recreo. Es complicado hacerlo a estas horas de la mañana ya que el sol incide directamente sobre el mármol blanco tan fuerte, que cuesta trabajo ver con claridad. Avanzo por el lateral derecho de las interminables filas de tumbonas azules hasta la palapa que se encuentra más cerca de la piscina principal, la más tranquila.

Aunque hace un calor insoportable no hay casi nadie en el agua, ni tampoco parece haberlo a la sombra del toldo del bar. Al aproximarme más distingo una única figura apoyada en la barra. Una esbelta mujer envuelta en un colorido pareo sujeta con estilo un cóctel en su mano derecha, bajo una elegante pamelita de seda. Al advertir mi presencia, baja ligeramente sus gafas de sol e inclina la mirada, fijándola descaradamente en mi persona. Unos metros más adelante puedo reconocer a Vanesa bajo ese atuendo. Sonríe y levanta su copa a modo de invitación.

Voy a pedirle que se case conmigo,..., va a ser nuestro cuarto aniversario mensual, o como cojones se diga, pero estoy más que seguro de que ella es mi destino.

Acercándome hasta la barra, acaricio por fuera del bolsillo de mi pantalón la caja del anillo de compromiso. Multitud de gotas de sudor bañan mi frente y mi cara, los nervios y el calor se están haciendo presentes. Levanto mis gafas de sol, bajo la mirada, hincó la rodilla en el suelo, saco la alianza, y,..., ¡suena un pitido ensordecedor! ¡El puto despertador!

Son las seis y media. Siempre que sueño con Vanesa acabo despertando frustrado, empapado y empalmado. Aunque me levanto con una sonrisa enorme no puedo evitar estar cabreado. Me hubiera gustado terminar esa escena, a sabiendas de que solo existe en mi cabeza.

Salgo como puedo del revoltijo en que se ha convertido mi mejor amigo, ese maravilloso nórdico que tanto me abraza en invierno y que ha sido castrado temporalmente sin su parte más noble, transformándose en una inútil colcha veraniega que duerme arrebujada a mis pies.

Fuera la férula de descarga y el bóxer. Como deporte matinal, me gusta intentar encestar los *gayumbos* desde la ducha, aunque casi nunca acierto. Una pequeña mirada de reojo al espejo confirma que sigo igual de gordo, aunque la báscula dice que he perdido tres kilos en estos meses. Creo que hoy voy estar más tiempo bajo el agua, mi erección se merece un desahogo después de haber guiado mis fantasías esta madrugada

hasta ese paraíso con mi amada. Por si te cabe alguna duda, sí,..., voy a mear en la ducha antes de salir.

Este verano el calor es insoportable incluso a esta hora de la mañana. Otros años recuerdo unos días de mucho calor en junio y quizá otra quincena más entre julio y agosto. Pero esta vez es exagerado, llevamos tres o cuatro semanas sin bajar de los cuarenta y dos grados durante el día y casi treinta por la noche dentro de mi casa. La verdad es que para trabajar en la oficina lo llevo bien con el aire acondicionado, pero dormir es infernal, se me va a cocer el cerebro. Voy a plantearme muy seriamente poner un aparato en el salón aunque se reseque mi garganta y el esófago entero, esto no hay Dios que lo aguante,... Y menos mal que es una planta baja, no puedo imaginar cómo sobreviven mis vecinos del octavo. Deben pasar las noches en vela haciendo recuento de picaduras de mosquito sobre sus cuerpos, a ver quién es el desdichado ganador.

En invierno desayuno en albornoz con el pelo mojado, pero ahora mismo me quitaría hasta la piel,..., joder qué calor. Un café solo sin azúcar, junto a dos tostadas más bien blancas repletas de mantequilla y mermelada de melocotón, me esperan al lado de un zumo de piña bien fresco, sobre la mesa de la cocina.

Corriendo al lavabo de nuevo a lavarme los dientes con mi *Oral-B Genius* recién estrenado, que realmente deja mis muelas traseras tan suaves que parece que haya ido al dentista.

Es una pena, porque así voy menos y en verdad me gusta ir. Sí, soy de esas personas raras que no lo pasan mal en el dentista,..., bueno, a la hora de pagar sí. Además me encanta la sensación de estar inmóvil mientras ella, porque mi dentista es mujer, hace y deshace conmigo a su antojo. Puedo mirar directamente a sus preciosos ojos azules y dejar volar mi imaginación sin que parezca importarle. Lo sé, lo sé,..., me lo tengo que hacer mirar.

Termino el trámite mañanero en el baño y me dedico a elegir la ropa de trabajo. Antes de salir con Vanesa mi atuendo era un aburrido traje estándar gris sobre camisa blanca y corbata azul, ahora no. Ahora me apetece ponerme camisas más alegres, me atrevo con zapatos marrones en lugar de negros y tengo corbatas a juego de distintos colores, incluso una con figuras de *Bugs Bunny* que a mi amor le hace mucha gracia.

Siete y cuarto, hora de bajar al garaje para coger el coche hasta la oficina. En esa media hora de trayecto pienso en Vanesa, aunque realmente creo que pienso en ella las otras veintitrés horas y media del día también. Como dice la canción de Eduardo Galeano,

“tengo una mujer atravesada entre los párpados”, y no veo, ni quiero ver más allá. Mi vida es mucho más feliz desde que estamos juntos.

Han sido tres las noches de estos últimos meses, las que he conseguido que duerma toda la noche conmigo. Poder tenerla entre mis brazos durante tantas horas, alargar la mano y sentir su calor, notar su piel, su respiración y su olor,..., me dan la vida.

Cuando se marcha queda un perfume en la almohada que permanece durante varios días. Recuerdo la primera vez que pasamos la noche juntos. A la mañana siguiente jure por mi vida nunca lavar esas sábanas, ese olor me envolvía, me excitaba y me hacía sentir tan inexplicablemente feliz que deseaba que durara para siempre,..., a los quince días el aroma había desaparecido y las sábanas casi tenían vida propia, así que hicieron su inevitable visita a la lavadora.

Vanesa hace toda mi vida más fácil. Mi cabeza intenta enredarse buscando problemas en nuestra relación, pero no hay manera,..., incluso pensé que trabajar juntos podría ocasionar roces o pequeños malentendidos que trajeran consecuencias, pero,..., no hay manera.

Es complicado separar el trabajo, la amistad y el amor. Cualquiera que haya trabajado con su pareja, amigos o familiares, sabe de lo que estoy hablando. Hay un límite que no se debe superar por parte de ninguno de los implicados, sobre todo si alguno de ellos tiene un estatus en la empresa por encima de los demás.

De todos modos, mi amor tiene otros proyectos para su futuro. Le encanta cocinar, sobre todo comida internacional y en especial asiática. A mí, las recetas que más me gustan son el pollo persa con dátiles y las empanadillas de guisantes, con ese toque de cúrcuma y pimienta que las hace tan especiales. Claro que, si pienso en la cocina tradicional de mi madre,..., ese cocido, la tortilla de patatas o las croquetas de jamón,..., creo que Vanesa tiene muy buena mano con los fogones y puede que termine superándola.

Le gusta también hacer tartas de *Fondant*, una cobertura que no tengo ni idea de lo que está hecha, pero que les hace parecer perfectas, como si fuesen de película.

Su sueño en realidad, sería dejar la oficina y montar un pequeño restaurante, algo modesto. Todo se andará.

Este sábado se cumple nuestro cuarto mes juntos. Cada fecha señalada ha ido acompañada de un regalo, creo que elegante a la par que discreto, aunque en cada uno

de esos meses hubiera deseado explotar y pedirle matrimonio con la sortija más cara que me hubiese podido permitir, al igual que en mi sueño.

En esta ocasión le he comprado unos pendientes de oro blanco, largos, de *Swarovski*, y he reservado para cenar en un sitio íntimo del centro, algo sencillo. Estoy deseando verlos adornando su cuello. Su melena recogida hará que parezcan aún más bonitos.

Suena *El Tren* de *La Sonrisa de Julia*, es la melodía que he puesto en mi nuevo móvil. Compruebo en la pantalla del coche que es mi sobreprotectora madre, seguramente para volver a preguntarme si voy a llevar de una vez a Vanesa a comer a su casa. No tengo ganas de discutir tan temprano. La respuesta va a seguir siendo la misma hasta que sea capaz de disculparse con mi novia. La única vez que se vieron mi progenitora perdió el norte y se comportó como una ganadera comprando una yegua, yo creo que hasta estuvo a punto de levantarle las pezuñas. Llamada rechazada.

Mi novia me convenció para que alquilase una plaza de garaje en el parking que hay en la esquina de Rosario Pino con Capitán Haya, así que ahora siempre llego pronto y puedo tomar un café con los compañeros en el *Portobello*. Me cuesta un dinero al mes, pero con el nuevo cargo me lo puedo permitir.

Por cierto, durante ese café me he enterado de que esa calle va a dejar de llamarse así, al igual que otras cincuenta y tantas más en Madrid. Está impulsado por la Ley de Memoria Histórica, según me ha dicho Óscar, y se va a llamar *calle del Poeta Joan Maragall*, que era el abuelo de Pascual Maragall, antiguo alcalde de Barcelona y presidente de la Generalitat.

Como viandante he asociado inmediatamente ese nombre a un radicalismo independentista, y no me parecía bien el nombramiento para una calle céntrica, ubicada frente al Bernabéu. Sin embargo, mi compañero Óscar, que parece primo de la *Wikipedia*, me ha explicado que no era precisamente independentista, sino que defendía su teoría del *iberismo*, ideal de una España federada, integradora y respetuosa con todas las lenguas y culturas del territorio nacional.

Aun así, digo yo que si no había otro candidato más ligado a la capital, o más cercano para asignarle ese honor. Pasa palabra.

Estos ratos de charla distendida entre compañeros se han convertido en un complemento de mi vida que cada vez me gusta más. Habitualmente son Óscar y Pablo los que acompañan las tertulias mañaneras. El primero, siempre más informado de todo, un hombre casado, responsable, amable y cordial. El segundo, un joven fortachón, carne de gimnasio, dispuesto a comerse el mundo, con más ganas de vivir que de respirar.

Entro orgulloso en mi despacho acristalado, el más grande de la oficina. Me gustaba más la orientación del que tenía antes de ser director de zona, desde el que podía contemplar a Vanesa en su puesto de recepcionista todo el tiempo. Sin embargo, este sillón ergonómico forrado en piel no es comparable a mi antigua silla de oficina. Tomo asiento para terminar de reflexionar sobre una idea que me ronda la cabeza. Estoy valorando comprar un coche híbrido, de gasolina y GLP, o quizás de gasolina y eléctrico. En realidad me gustaría poder comprar un eléctrico puro 100%, pero no tengo sitio para cargarlo por la noche. Tendría que colocar un punto apropiado en mi plaza de garaje de casa, que queda a tomar por el culo del cuarto de contadores, y la instalación sale por un pico, además del precio del vehículo que es bastante más caro. Creo que una parte de mí echa de menos a mi compañero Jaime, que resultó ser un capullo vengativo lleno de odio hacia mi persona, y que se encuentra entre rejas a la espera de juicio por homicidio. No sé si llegaste a conocerle, pero él analizaba cualquier cosa, buscando siempre el punto contrario al habitual para intentar liberarse de la manipulación mediática o política y sacar la verdad que pudiese llevar escondida.

El caso es que con esto del coche eléctrico he estado meditando como él hacía y me pregunto lo siguiente: Si la potencia recomendable para conectar a cargar un coche oscila entre los tres y medio y los siete kilovatios, dependiendo del vehículo, siendo más rentable por tiempos la segunda, ¿eso implicará una línea eléctrica que la soporte no? Y si todas las plazas del parking se convierten en eléctricas, ¿la acometida general del garaje no deberá ser mayor? Y si todos los parking, gasolineras, puntos de carga, etc, se preparan para abastecer a un gran número de coches eléctricos, ¿eso no obligaría a modificar las subestaciones eléctricas? ¿Y qué me dices de las líneas eléctricas de distribución de las ciudades? ¿Y de dónde sacaríamos tanta potencia eléctrica? ¿Pondríamos en marcha centrales térmicas o nucleares que generaran electricidad, para cargar nuestros coches de cero emisiones? Buf,..., qué agobio me ha entrado de repente. La contaminación en Madrid es un problema cada día más patente y más preocupante y es deseable terminar con él y fomentar las energías renovables, eso no lo discuto. Otra idea que se me viene a la mente es que, si a día de hoy aparcar con un eléctrico en zona azul es gratis porque no contamina, si mañana la mitad de los vehículos son de este tipo, ¿seguirá siendo gratis? Y si todos son ecológicos, ¿ya no se pagará la zona azul? Lo dicho, hay un gen de Jaime habitando en mi interior.

La mañana se presenta tranquila y me permite escuchar al fondo de mis pensamientos el hilo musical que he decidido modificar para que todos los trabajadores escuchemos lo mismo. Esto es, preferentemente la radio, sin decantarme por ninguna

emisora en especial, aunque *Cadena 100* es la más habitual. Estaba harto de los clásicos que conseguían ponerme nervioso.

Tengo pendiente la firma de un buen montón de ofertas comerciales elaboradas por mi sucesor y la revisión de los informes de algunos de mis antiguos clientes, que sigo tramitando personalmente. No quiero perder el tiempo, mi intención es bajar a comer con Vanesa y los chicos, y ellos siempre son muy puntuales.

¿Me vibra la mesa? Joder, ¡es mi nuevo iPhone X! Tiene una potencia tal que parece estar habiendo un terremoto entre mis papeles.

Vaya,..., es una llamada de Saavedra. Es la una y veinte de este caluroso día de julio y parece que se empezase a nublar. Un escalofrío recorre mi espalda hasta congelar mi nuca, presiento que nada bueno se avecina. Mi cliente y mecenas me comunica que necesita ayuda urgente, quiere que le devuelva el favor que me llevó hasta mi despacho y hasta el amor de Vanesa. Gracias a él mi vida cambió radicalmente, hasta salí de debajo del asfixiante abrazo de mi madre.

Mi cuerpo incontroladamente dispara el nivel de adrenalina en espera de su explicación. Siento el corazón latiendo en mi garganta, sé que no puedo negarme a lo que venga a continuación.

Enseguida comienza, con voz nerviosa y atropellada, a relatar su necesidad. Entre lágrimas me cuenta que se ha quedado tirado en casa de una *dominatrix*. Relata con gran agobio que está enjaulado y que me está llamando a través del control por voz de su móvil, o sea, *Siri*, ya que su iPhone se encuentra lo suficientemente cerca de él. Para que luego digan que no tiene aplicaciones esta función.

- Patro, necesito que vengas por favor. ¡Es muy urgente!
- Tranquílcese señor Saavedra. Cuénteme que ha ocurrido, y qué hace usted ahí.
 - Al terminar mis palabras me doy cuenta de la pregunta tan estúpida que acabo de hacer.
- A ver Patro,..., no tenemos tiempo. Vienen a por mí. Anote la dirección y venga a toda ostia, por favor. No puedo llamar a la policía ni a nadie más. ¡Dese prisa, coño! ¡Me debe una!
- Vale, vale,..., dígame.

Tras meter la dirección en el *Waze*, salgo pitando para Aluche. Trayecto estimado veinticuatro minutos. Sor Ángela De la Cruz dirección M30 hacia Casa de Campo y tomar la A5. Rápido e indoloro.

El señor Saavedra me ha explicado mientras venía conduciendo que un chico, al que prácticamente no ha podido ver, ha entrado en la casa sin forzar la cerradura. Él es un

cliente asiduo de esa mujer, es algo que aunque no entiendo ni comparto, no he dejado que justifique ni explique. Ahora mismo se encuentra en esa casa, encerrado en pelotas en una jaula, sin capacidad de reacción.

El asaltante ha entrado rápidamente y ha degollado a Lady Marber por la espalda sin mediar palabra, dejando un extraño paquete junto a su cuerpo y la puerta abierta.

En el momento en que un vecino se percate o pase por casualidad, llamará a la policía. No sabía a quién llamar que no le comprometiese, no puede avisar a sus contactos políticos lógicamente, ni a su familia, es un respetable padre de familia.

Dejo el coche frente al número 17 de Rafael Finat, el portal está abierto y veo el ascensor en movimiento. Sin perder un segundo decido subir a toda leche hasta la planta séptima, llevo el corazón latiendo como si un martillo golpeará mis sienes, la respiración ahogada,..., pienso que tengo que ponerme en forma. También me da miedo lo que pueda encontrar.

Efectivamente la puerta está abierta de par en par. Con los pies en el felpudo de la entrada puedo ver parte del charco de sangre que imagino proviene de la dueña del piso. No estoy acostumbrado a este tipo de escenas, creo que me estoy mareando un poco, aunque también puede ser por la carrera que me he pegado moviendo mis más de cien kilos escaleras arriba.

Entro despacio y me apresuro a cerrar la puerta sin dejar huellas, no quiero problemas. Enseguida veo a una mujer tumbada en el suelo boca arriba, con la mirada fijada en el techo y los labios entreabiertos, repletos de carmín rojo. Viste un *body* de cuero, un ligero y unas largas botas de piel negras de tacón de aguja. Las rodillas dobladas y la cabeza hacia atrás me indican que prácticamente no se ha movido tras recibir el ataque por su espalda. Despierto de mi inútil análisis con las voces de Saavedra que me grita a cuatro patas desde dentro de una jaula, situada al fondo de la estancia.

- ¡Vamos, Patro! ¡Espabila joder! ¡Sácame de aquí ya!
- Sí, sí,..., ya voy señor Saavedra...

Dudo que pueda olvidar la imagen de mi cliente en esa postura tras los barrotes. Solo lleva puestas muñequeras y tobilleras de piel que incorporan unas argollas, prefiero no imaginar para qué.

Un señor maduro, con pliegues en la piel de los brazos y las piernas debidas a las manifestaciones de la edad, su cuerpo extremadamente blanco, poco pelo en la cabeza invadido por las canas, barriga flácida, miembro pequeño, por cierto, y retraído,..., parecía más una víctima de tortura de una cárcel iraquí, que un exitoso empresario poniendo en práctica sus íntimas fantasías sexuales.

Enseguida me indica que tome las llaves del cinturón de Lady Marber y abra la puerta de la jaula para que pueda salir.

Me acerco a la chica con cierta angustia. Pareciera estar viva, a punto de parpadear. Tengo una sensación muy extraña, como si una muñeca súper realista vigilase mis movimientos acercándose a su cuerpo, con intención de darme un susto sujetando mis manos.

Tomo las llaves que cuelgan de su cinturón junto a unas esposas y vuelvo a por el preso. Mientras se viste reconoce haber tenido mucha suerte por llevar el móvil encendido en el bolsillo de su chaqueta, y haberla dejado en la percha que hay justo sobre él.

De lo contrario habría pasado el tiempo y algún vecino habría acabado entrando en el piso y alertando a la policía.

- Pero no entiendo al asaltante, señor Saavedra.
- Llámame Antonio, ¡coño! Déjate ya de formalismos.
- Bueno, pues que no entiendo al que ha hecho esto, Antonio. Si iba a por usted, ¿por qué no le ha atacado? Lo tenía fácil. Y si pretendía implicarle en el asesinato, ¿por qué no llamó a la policía? Habrían llegado antes que yo, ¿no? Además usted no podría ser el autor del crimen en las condiciones en las que estaba.
- No sé, Patro, no sé. Puede ser que haya venido a por la chica y yo estuviera solo de casualidad. Me llama la atención que entrara sin forzar la puerta, igual la conocía. ¿Has echado un ojo al paquete que han dejado?
- No. Aún no, Antonio – se me hace raro llamarle así.
- ¡Pues vamos! No sabemos si tenemos mucho tiempo o no. Y si suena el timbre,...., ¿qué hacemos? Venga hombre de Dios, ¡venga!

Por el lado contrario al líquido rojo que descansa junto al cuerpo de la chica, me acerco a retirar ese paquete. Es una bolsa más o menos compacta envuelta en precintos marrones y plásticos opacos. Sin ser experto en la materia y tras examinarlo mínimamente, sujetándolo siempre a través de mi camisa, diría que se trata de un par de kilos de polvo, probablemente droga, aunque no estoy seguro. Claramente el agresor quería culpar a alguien dejándolo aquí.

- Patro, ¿qué es?
- Droga, Antonio. Seguramente sea un paquete con cocaína o algo así.
- Patrocinio, usted ya se ha visto en algo similar antes y salió airoso. Yo le ayudé y ahora necesito que me devuelva el favor, y que sea ya mismo. El tiempo apremia.

- Pero, ¿qué quiere que haga con el paquete? ¿Y con la chica? Yo no sé qué hacer Antonio.
- Pero seguro que tiene amigos que sí. Necesito una investigación, necesito un nombre, necesito saber por qué y necesito no verme implicado. Sabré recompensarle.

Dicho lo cual, sin despedirse, Saavedra dignamente se dirigió a la puerta del apartamento sin volver la cabeza y salió como si no hubiera ocurrido nada, dejando atrás una imagen de seguridad muy diferente a la de hace apenas diez minutos, que mi mente ha almacenado para siempre.

Me vi allí, en medio de aquel extraño salón equipado con un montón de cachivaches de tortura, ambientado como si fuese la habitación de un burdel de película. El silencio y la situación me hicieron sentir realmente solo, parado junto al cadáver de la chica.

Medité unos minutos la posibilidad de salir corriendo y desaparecer, esquivando los problemas... ¿Qué debo hacer, ¿llamar a la policía? Registrarán mi número,..., y, ¿si lo pongo con llamada oculta? ¿Y si lo registran igual? Joder, ¿y si me largo y dejo la puerta abierta? ¿Y si me ha visto entrar alguien?

¡¡Me cagó en mi puta conciencia, en mi capacidad de análisis y en el puto “¿y si?”!!

En ese momento lo vi claro. Tenía que llamar a Daniela y a sus amigos, ellos me ayudaron cuando me encontré en problemas por culpa de Jaime, y si les ofrezco suficiente dinero lo volverán a hacer. Yo organizo, ellos actúan y Saavedra carga con los gastos obteniendo lo que quiere.

Manos a la obra.

- ¿Hola? ¿Daniela?... quiero decir,..., ¿Ángela?
- Si. Soy yo. ¿Cómo estás, Patro?
- Vaya, veo que me tienes localizado. Me alegro.
- ¡Claro tío! Somos amigos, ¿recuerdas?
- Pues mira, de eso quería yo hablarte. Necesito que me eches un cable.
- ¿Quieres compañía? – pregunta en un tono entre seductor y jocosos – ¿O me llamas como Ángela?
- No, compañía de ese tipo, no. Te llamo como Daniela y necesito que me ayudes con urgencia. Si es posible necesito también a Ricky y a sus amigos. Tranquila, habrá recompensa. ¿Te acuerdas de Saavedra?

- Sí. El tipo que metió en la cárcel a los otros dos, ¿no? Nos acordamos. Pongo el *sin manos*, que Ricky está conmigo.
- Eso es, mi antiguo jefe, Bayo, y su amigo Otero. Pues Saavedra está en un lío y tiene dinero. Hola Ricky, no quiero ser pesado pero es muy urgente. Tengo un muerto a mi lado y la policía podría estar en camino.
- Joder Patro...no toques nada. Anda, dame la dirección y vamos para allá.

Dos y cuarto de la tarde y el estómago me suena como una lavadora vieja centrifugando, ya ni recuerdo las tostadas de esta mañana.

Daniela me ha dicho que tardarían unos quince minutos y que procurara estar tranquilo. ¡Sí, claro! ¿Cómo no voy a estar tranquilo en medio de este oscuro salón tan acogedor, con todos estos juguetes, una chica muerta al lado, dos kilos de coca y la posibilidad de que venga la policía? Mi tensión es tal que creo haberme roto una muela de apretar la mandíbula. Sudo exageradamente. Siento náuseas, me tiemblan las manos, me siento como un niño culpable.

No tengo ni idea de lo que va a decir Ricky, solo espero que se haga cargo del cuerpo y del paquete, al que seguro le dará buena salida.

Debería ser un poco más humano y preocuparme por la chica, pero ahora mismo estoy tan acojonado que no me atrevo ni a cerrarle los ojos.

Ya estuve una noche en los calabozos cuando era menor de edad, por algo que prefiero olvidar, y me veo de nuevo pasando allí el *finde*.

Recuerdo una sensación extraña. Se combinaba la falta de libertad con una profunda tranquilidad. Nada que hacer ni en qué pensar, ya estaba todo hecho. Sin teléfono, sin visitas, sin nervios, sin prisas,..., largos silencios. La estancia incluía habitación individual con baño que no supera el estándar medio de limpieza, cama con colchoneta incomoda en lugar de colchón, cena aceptable, calefacción y madrugón. Me sorprendió el techo hecho con una rejilla de hierro soldada y también me llamó la atención que te requisaran los cordones y el cinturón para acceder al *hostel*. No me gustaría volver.

Ahora que lo pienso, Jaime se encuentra en la cárcel en espera de juicio, seguro que en mejores condiciones de lo que yo pueda pensar. ¿Y Otero y Bayo? Creo recordar que están en libertad condicional también en espera de su comparecencia ante la justicia. ¿Estarán implicados en esta historia? ¿Hay una venganza tras este cadáver? Me cuesta trabajo creerlo, pero no lo descarto.

Sobresaltado miro la pantalla del móvil, es un *wasap* de Daniela. Está aparcando en la calle acompañada por Ricky.

Espero tras la puerta observando la pantalla a color de la mirilla electrónica, que parece un mini televisor. Enseguida suena la puerta del ascensor y les veo salir al rellano.

- Hola chicos. Adelante.
- Hola Patro – responde Daniela con la cabeza baja. Ricky entra sin saludar.
- Ricky, si te parece, lo primero será que echés un ojo a este paquete. Nos gustaría que lo hicieses desaparecer, seguro que puedes sacarle rentabilidad.
- Sin problema – responde con seguridad, con ese aire de chulo que le caracteriza.
- ¿Qué crees que puedes hacer con el cadáver? ¿Qué idea tienes? Perdona pero estoy muy nervioso.
- Patro, ¿Quieres un whisky? – pregunta Daniela desde la zona del office.
- ¡No, joder! Es muy pronto para beber.
- ¿Seguro? Te ayudará a relajarte, – Me dice mientras se acerca con un vaso de White Label. Le daba igual mi respuesta, ya lo había preparado.
- Trae. A tomar por el culo la hora.
- Venga gordito, relájate. Déjame a mí decidir las cosas y controlar este desastre. Esta vez sí que la has liado buena, ¿eh? – Bromea el chulo de Daniela.
- La verdad es que no he sido yo – respondo casi instintivamente.

Sin perder el tiempo resumo la situación al equipo de apoyo, les recuerdo la urgencia del momento y casi de inmediato recibo la respuesta para todo del auto-declarado jefe: “yo me ocupo, gordito”.

¡Joder! ¿No piensa decirme qué coño va a hacer con el cuerpo? ¿Ni con la sangre, ni con el paquete?

Pues no, parece ser que no. Aunque si te digo la verdad, casi mejor. Mientras todo quede solucionado y nos pongamos manos a la obra con la investigación para Saavedra, yo tan tranquilo.

¡Me cago en la puta! Me escucho y no doy crédito a mis propias palabras. Por primera vez siento pena por la chica y su familia, ni siquiera había pensado en ella como una vida arrancada. No había pensado en si deja hijos, o en la cara de su madre cuando le den la noticia de su muerte. Esa nueva emoción va acompañada de sentirme un egoísta, un mierda.

Supongo que optarán por abandonarla en el maletero de un coche robado para que la terminen encontrando o algo así.

Creo que tomaré otro whisky.

Centrémonos. Por un lado debemos buscar las relaciones personales de la *dominatrix* y los posibles sospechosos. Por otro, y debido a la posibilidad de una

venganza, investigaremos los movimientos de Otero y Bayo, y también de Jaime aunque se encuentre entre rejas.

- Ricky, ¿seguís teniendo contacto con tu amigo informático? Necesitaríamos su ayuda para verificar las cámaras de seguridad de la zona.
- Tranquilo gordito, ya te he dicho que está todo controlado. – Odio la mueca que le sale mientras se dirige a mí con ese apelativo. No recordaba a este tío tan ofensivo...aunque tampoco recordaba haber tenido una conversación con él.

Daniela me comenta que va a preguntar en su entorno de trabajo, bicheará por internet y se pasará por el polígono más concurrido de la zona sur a ver si la conocen. Ricky me mantendrá informado de todo, de todo lo que le salga de los cojones claramente, pero es mi mejor opción. Tendré que esperar su llamada.

Salgo del piso sin pensar en nada más que en la suerte que he tenido de no haber aparecido ningún vecino y de que todo haya sido más o menos tranquilo. Evito darle vueltas a la cabeza sobre lo que harán con Marta, se llama así según la documentación que Daniela ha encontrado en la casa. Espero que se les ocurra alguna buena idea, o al menos, una menos mala si eso existe. No creo poder hacer más por ella ahora, aunque me siento un cobarde.

Ese par de whiskies hace que medite menos la situación. Pienso en Vanesa, prefiero dejarla al margen de todo esto, no creo que comprendiese ni aprobase ninguna de nuestras actuaciones.

Ahmed me ha acompañado hoy también hasta la puerta de mi casa al volver de la facultad. Nunca me deja solo, es un cielo mi novio.

¡Qué raro! El coche de mi padre esté en la puerta del garaje. Es muy pronto para que no esté trabajando, igual se ha puesto enfermo. Pues solo espero que no me haya visto con mi novio, no tengo ganas de charlas, que la última vez se puso súper borde, solo por la manía que le ha cogido por su religión.

Tengo que decirte que realmente Antonio Saavedra no es mi padre biológico. A los dos nos da igual, al menos eso creo, porque no he conocido otro y él me ha tratado con todo el amor que se le puede dar a una criatura. Además me ha adoptado legalmente para que tenga mis derechos cuando él falte y conserve su apellido.

Desde pequeño se ha desvivido por mí. Recuerdo la ilusión reflejada sus ojos cuando regresaba del trabajo y me abrazaba. Recuerdo esas interminables tardes de juegos y

risas, de dedicación incondicional. Recuerdo todas las noches su calor a mi lado, arropándome, susurrándome al oído la misma canción de Brahms para que durmiera. Eso no tiene precio, te lo digo yo.

Cuando comprendí que era diferente, me dio mucho miedo su posible rechazo. Pero no fue así, él no es así. Además, él lo sabía antes que yo, estoy seguro. Es una maravillosa persona y un padre de diez. Tiene problemas de huesos y muchos dolores de cabeza provocados por la medicación que toma, lo que limita a veces el tiempo que nos dedica. En una ocasión me dijo que sentía mucho no haber podido ser un padre sano y deportista que inculcara unos hábitos saludables en su hijo. ¿Sabes lo que le dije? Que podría haber sido un borracho cabrón poco comprensivo o incluso un maltratador, y que le quiero un montón tal y como es.

Se casó con mi madre cuando yo tenía año y medio, y nos llevó a vivir a su chalet en Arroyo Fresno, en la zona norte de Madrid. Un adosado de cuatro plantas habitado por tres personas, un despilfarro que se puede permitir, claramente.

En el sótano tenemos una bodega con una mesa inmensa para las grandes celebraciones, esas en las que viene un montón de gente a casa. Sus paredes están llenas de escudos de armas y muebles de época. Al lado un aseo y una pequeña cocina.

Me encanta el salón con chimenea de la planta principal y el pequeño jardín de la parte de atrás, la alegría de esta casa. Mi madre puede pasarse horas leyendo a la sombra de las arizónicas y los frutales que cuida mi padre. En una tarde tranquila solo se oye la fuente que le instaló como regalo de cumpleaños hace cuatro años, acoplada en medio de un pequeño estanque de peces de colores. A mí me parece súper relajante.

Mi enooorme habitación está en la planta primera, con unas vistas acojonantes a la sierra, y en la azotea, una gran terraza que casi no usamos y la habitación de los juegos, la mejor. Ahora tiene un billar y un sofá con tele plana para la *Play* y la *Wii*, pero todos los recuerdos de mi infancia están envueltos por el olor y los colores de esa buhardilla. Cierro los ojos y soy capaz de visualizar cada juego, cada libro, cada caja que se almacena en sus estanterías. No puedo expresar de otra manera lo que siento, salvo diciendo que la sensación de felicidad absoluta me invade cada vez que entro allí.

Sí, echo de menos mi infancia, soy así, no puedo ni quiero evitarlo.

Huele súper bien y mamá está en la cocina, lo que significa empanada casera para comer,..., me encanta. La hace de múltiples variedades: carne y tomate, atún con verduras, pollo y queso, bacalao con cebolla,..., no sabría elegir.

- Hola Pili, dame un beso. ¿Dónde está papá? ¿Está en casa?

- ¡No me llames así! No me gusta que me llames por mi nombre, soy tu madre, Sebastián.
- Bueno no te enfades, mami.
- Tu padre ha llegado hoy muy pronto y no se encuentra bien. Se ha ido a duchar y a echarse una siesta. Creo que se ha tomado un diazepam, tiene mal la espalda, así que no le molestes.
- Vale, no te preocupes.
- ¡Sebastián que te conozco! Déjale dormir, ¿oído?
- Que sí, que sí,..., que ya, que ya.
- Y menos mal que está en la cama, porque si no te habría visto otra vez con Ahmed en la puerta de casa. ¡Sabes que no le gusta ese chico, cariño! Dile que no te acompañe, anda.
- Que sí, mamá, que sí,...me voy a mi habitación.
- ¡No te pongas los cascos! ¡Estoy harta de llamarte para que vengas a comer y no me oigas! ¿Me oyes?
- Que síiiii.

¡Joder! A veces se pone muy pesada repitiendo siempre lo mismo. Pero para pesada mi abuela. Si tiene que decirte una frase, te la repite cuatro veces, invirtiendo el sujeto y el predicado y dándole distintas entonaciones, como si fueras retrasadito o sordo y necesitasen diez mil explicaciones de la cosa más simple.

Tengo mucho que estudiar esta tarde, aunque ahora mismo mi cabecita está llena de sensaciones de los dos hombres que más feliz me hacen. Los besos con Ahmed me dan impulsos para vivir, son como recargas de mi batería interna. Y el apoyo, la mirada de mi padre me tranquiliza, me serena. Espero verle a la hora de la cena, después de este regreso al pasado contigo, echo de menos darle un abrazo.

Cuatro de la tarde y sin comer. Voy a buscar un sitio por aquí cerca, tipo *wrap* o *Kebab*, que será lo más fácil. La zona sur de Madrid está llena de sitios de comida rápida donde, si se esmeraran un poco más en la presentación, la calidad de los platos es realmente buena. No suelo comer en estos sitios muy a menudo, pero hoy es un día especial y tengo hambre.

Mientras lleno el estómago pienso en avisar a Vanesa de que me han surgido una serie de imprevistos, quiero marcharme a casa sin pasar por la oficina.

Confío en que quiera regalarme un rato de compañía, así que la invito por *wasap* a una peli con palomitas bajo el aire acondicionado, claro.

A ella le gusta más el rollo piscina, pero yo soy un hombre más bien de sombra. Un cuerpo blanco con algo de vello por la espalda como el mío, no entiende para qué hay que llenarse de crema, tumbarse a pasar calor, quemarse y darse más crema por haberse quemado.

Eso no va conmigo, prefiero una sesión de abrazos en el sofá, de masajes mutuos de pies, de rascarle la espalda mientras veo cómo se acurruca entre mis brazos.

Casi las seis de la tarde al llegar a casa, el calor continúa siendo infernal. Oigo a mi vida recogiendo la cocina que me saluda.

- Hola cariño, qué tarde vienes, ¿no?
- Ya te dije. Imprevistos en el trabajo que obligaron a salir, ya lo viste. ¡Bah! Un cliente pesado pero ya está.
- ¿Quieres que vayamos a la piscina Patro? – pregunta mientras inclina la cabeza, lo hace como un gatito juguetón que quiere salirse con la suya.
- Lo que tú quieras cariño – respondo sin valorar nada más.

La verdad es que no me importa mucho, prefiero ceder en su propuesta y lanzarle yo la mía a ver si cuela. Quiero llevarla de viaje a Lisboa para pasar allí la Navidad. He visto en internet una buhardilla muy romántica cerca del Castillo de San Jorge, con vistas a los tejados de la ciudad, muy apropiada para una escapada. La Plaza del Comercio, las calles peatonales del centro, su gastronomía, la amabilidad de su gente, el clima, los paseos por el estuario del Tejo..., estoy seguro de que será algo muy especial. En cuanto vea la oportunidad tiro la caña a ver qué cara pone, pero tampoco me voy a enfadar si dice que no. Estoy en una etapa en la que solo con mirarla y estar a su lado, me sobra el mundo.

En cualquier caso, espero tener una tarde tranquila y poder olvidar mínimamente las imágenes que ahora mismo se agolpan en mi cabeza. Es como si hubiera estado inmerso en un videojuego sangriento, no me parece que haya sido real, aunque sé que lo ha sido. Confío en que la presencia de Vanesa me transporte a un mundo de sensaciones más agradables que consigan descongelarme un poco la sangre. Mientras tanto seguiré esperando las noticias de Ricky, seguramente hasta mañana.

Viernes 13 de Julio de 2018

Son las cinco y media. Hoy no he soñado con Vanesa sino con las imágenes de Marta y sus enormes ojos abiertos apuntando hacia el techo oscuro de ese salón, tan peculiar. Pensé que había pasado de puntillas por aquellos momentos, pero estaba equivocado, se han aparcado en mi cerebro junto a mis miedos más antiguos.

Hoy no puedo levantarme con una sonrisa. El cansancio de haber estado dando vueltas toda la noche y la pena por esa vida terminada han podido con mi buen humor. Me hubiera gustado haberme despertado como todos los días, empalmado y habiendo soñado con hacerle el amor a Vanesa sobre la blanca arena de una playa desierta. Sin embargo, la realidad es más fuerte que mi testosterona, e incluso que mi serotonina.

Salgo de debajo de mi querido nórdico, que me ha acompañado más de lo previsto. Mi cuerpo se encuentra un poco destemplado y la noche ha sido menos calurosa de lo esperado.

Rutina mañanera que incluye la ducha y el fallido intento de canasta de los *gayumbos* en el cesto de la ropa.

Permanezco parado un buen rato observando mi cara en el espejo del baño, me veo desgastado, inútil, débil. Me asoma a la cabeza la idea de lo pequeño que soy comparado con el mundo, con la fuerza de la naturaleza, con la muerte que un día vendrá a buscarme. Esta mañana no me preocupa seguir igual de gordo, me da igual lo que diga la báscula,..., paso. Creo que hoy también voy estar más tiempo bajo el agua, y sí,..., también voy a mear en la ducha antes de salir.

Mi café solo sin azúcar, dos tostadas más bien blancas repletas de mantequilla y mermelada de melocotón que casi no puedo terminar, y un zumo de piña que dejo a medias sobre la mesa de la cocina, forman mi desayuno.

Segunda visita al baño para lavarme los dientes, visita al señor Roca y a vestirme que llego tarde, para variar.

No quiero que Vanesa se entere de nada, así que he pensado elegir la corbata de *Warner Bros* que a ella le gusta y alguna camisa a juego que sea más bien alegre. Un poco de colonia y un mucho de actitud.

Siete en punto, hora de bajar al garaje para conducir hasta la oficina. Trato de fijarme en las caras de sueño de los conductores, jugar con las combinaciones de letras de sus matrículas como todos los días, pero mi mente se llena de miedos, no puedo apartar la imagen de esos enormes ojos abiertos, fríos, muertos.

No me apetece tomar café en el *Portobello*, quiero subir directamente a la oficina antes de que llegue Vanesa, y encerrarme en mi despacho para sumergirme entre mis papeles. Quiero intentar cambiar mentalmente de escenario.

Aún no he recibido noticias de Ricky y eso también me mantiene con los nervios un poquito alterados.

Son las diez y por primera vez en la mañana, Vanesa se acerca a mi despacho.

- ¿Cómo estás, cariño? Has venido muy pronto hoy, ¿no? Te he visto tan centrado en tu trabajo que no he querido molestar.
- Sí,..., hola mi amor. Es que tengo mucho jaleo. – Ha sonado demasiado seco, creo.

Me mira fijamente a los ojos esperando una respuesta más clara, con más detalles quizá, creo que piensa que estoy ocultando algo. Igual es mi subconsciente, pero como mantenga la mirada una décima de segundo más, voy a empezar a echar chorretones por la frente y va a ser peor. ¿Y si miro para otro lado? Va a parecer que miento. Joder, ¡qué marrón! ¿Qué digo? ¿Le pido que se marche para poder hacer unas llamadas? ¿Y si se enfada? ¿Y si soy demasiado borde? Y si,..., ¡ya estamos Patro! ¡¡Reacciona cojones!! Es uno de esos instantes de tu vida que parecen desarrollarse a cámara lenta, como un gol en un partido de *Oliver y Benji*, pero que realmente dura poco más de un segundo. Finalmente Vanesa sonríe de medio lado, bajando la mirada y saliendo por la puerta mientras pronuncia un inquietante “relájate cariño, luego te veo”, que me deja confuso.

Cinco minutos después, suena en mi teléfono de sobremesa una llamada entrante desde la centralita de recepción, o sea, Vanesa de nuevo.

- Disculpe señor Melero, tiene una visita.
- Ah,..., muy bien Vanesa, ¿de quién se trata?
- Es una visita personal. Pregunta por usted una señorita, amiga suya. Dice llamarse Daniela y viene acompañada por un caballero.
- ¿Daniela? ¡Joder! O sea,..., claro, sí. Por favor, que pasen a la sala de reuniones. Sea tan amable de ofrecerles un café, yo voy en un minuto. Gracias Vanesa.
- Claro. A usted, señor Melero.

¡Ostia puta! En todos estos meses no he oído a mi amor hablarme en ese tono nunca. Joder, que es la primera vez que me llama por mi apellido. Pero, ¿cómo se le ha ocurrido a Daniela aparecer por aquí? Con lo mosca que está mi novia. Esto ya es para nota, se

va a pillar un cabreo de cojones,..., espero que por lo menos no se entere de nuestros negocios.

Esperaba ver a Daniela con su chulo en la sala de reuniones, sin embargo me sorprende gratamente encontrarla junto al calvo del grupo, el *hacker* que necesitamos. Se hace llamar Magg en honor a uno de los mejores, de los más buscados de los de su talento. Es perfecto para meterse en las cámaras de seguridad de bancos, gestión del tráfico, organismos públicos, empresas privadas o cualquier otra cosa que haya cerca del portal de Marta. Necesitamos recopilar las imágenes que mejor se vean del personal que ha entrado al edificio justo cuando Saavedra se encontraba en plena sesión. Sin embargo, no sé porque han venido de visita sin previo aviso.

- ¿Qué coño hacéis aquí? – Me atrevo a hablar en ese tono porque no está Ricky, claro.
- Patro, no te enfades – réplica Daniela – Magg ha tenido un problemilla en su casa y no teníamos donde gestionar tu encargo. Así es que Ricky decidió que te tocaba a ti poner un sitio con ordenador, buena conexión a internet, café gratis y cierta privacidad.
- ¿Pero tú sabes en qué lío me puedo meter? ¿Qué me invento yo ahora? ¡Y con Vanesa ahí fuera!
- ¿Vanesa? – pregunta Daniela con ojos pícaros – ¿Quién es Vanesa, Patro? ¿Estás liado con la recepcionista? Porque es la única chica que he visto – pregunta entre risas.
- Es mi novia, Daniela. No estamos liados, nos queremos.
- Vale, vale,..., si en el fondo tienes ese puntito que a las mujeres nos pone. – Responde acariciando con la yema de sus dedos suavemente mi barba.
- Pues yo no sé qué le ve a este gordito el pivón de la entrada – replica Magg de manera directa.
- En fin. Creo que eso no es vuestro problema, ¿no? – Me empieza a caer mal el calvo.
- Querido Patro, dile a tu novia que tienes un problema informático en la empresa y ha venido el mejor de todo Madrid a solucionarlo. ¿Te vale eso? – propone Daniela.
- Pues no sé, ya tenemos una empresa que se dedica a eso. Además no tenéis pinta vosotros de técnicos, precisamente.
- ¡Vámonos Dani! Este gordito es un gilipollas. – Replica Magg.
- Espera tío, relaja. Hemos venido a trabajar y es lo que haremos, y lo haremos bien. ¿Estamos, chicos?

Tras la sentencia de Daniela, salgo de la sala de reuniones en dirección a la recepción con los nervios asomándose por cada poro de mi piel.

Veo a Vanesa con cara de esperar una explicación coherente, mientras disimula haciéndose la despistada. No creo que se lo trague, pero aun así le comento que son personal de una empresa de seguridad informática que ha venido a hacer una presentación a nuestra oficina. Están especializados en pirateo internacional, *ransomware* de contenido, suplantación de páginas webs y de correos de empresa. Son temas en los que debemos estar a la última.

Mi amor, con ojos de lechuza cabreada y las cejas arqueadas hasta el piso de arriba, escucha cómo sigo relatando que Daniela y yo tenemos un amigo común, el señor Saavedra, quien precisamente nos ha concertado la cita, que por supuesto yo había olvidado.

Vanesa baja la cabeza y continúa escribiendo en su teclado sin contestar una palabra, sin hacer ni una sola mueca, parece que no hubiera oído nada de nada. De hecho creo que no ha escuchado absolutamente nada, pues por dentro debe estar pensando algo así como “capullo de mierda, tienes una amiga con esa pinta de putón desorejado y, ¿te la traes a la oficina? ¿Para qué? ¿Para ponerme celosa?... te vas a enterar, pedazo de mamón”. O..., quizá no piense eso,..., ¿no?

En el cuadrante de la sala reservo unas horas para que puedan trabajar y rastrear la información que necesita nuestro cliente. Además precisan disponer de tiempo para cotejar las imágenes que obtengan con las bases de datos de reconocimiento facial de la Policía Nacional. Han de poder comprobar posibles fichajes.

Tengo que quedarme con ellos todo el tiempo a modo de tapadera, después de habérsela intentado colar a mi novia, lo que, por otro lado, me deja un poco de relax, que falta me hace.

Mientras el calvo trabaja buceando en su mundo paralelo, en esa internet profunda llamada *Deep Web* que los consumidores de a pie no conocemos, Daniela se dedica a poner posturitas lanzándome miradas y sonrisas. Ella sabe que me gusta y estoy convencido que solo lo hace para provocarme, y más sabiendo que Vanesa está aquí al lado. Está claro que le encanta jugar conmigo y yo,..., yo no soy de piedra, me gusta ver cómo se insinúa. La imagino quitándose la ropa y acercándose. Visualizo su figura gateando sobre la enorme mesa de caoba de la sala, en plan película. Se pararía junto a mí y me besaría despacio, rozándome suave con sus labios, su lengua, acariciándome la barba, haciéndome sentir su deseo.

Así que, mientras espero aquí sentado sin hacer nada, todos mis sentidos se concentran en disimular mi erección, controlar mi excitación y sudar como un pollo. En realidad,

estoy seguro de que Daniela no dejaría que pasase nada entre los dos, sobre todo conociendo la existencia de Vanesa. Tan solo es un dulce juego provocativo.

En menos de una hora el *hacker* ha sido capaz de acceder a los datos personales de Marta en la red, cuyo análisis deja en manos de Daniela. También ha podido obtener imágenes de varias cámaras de tráfico e incluso de un supermercado de la zona, y compararlas con las bases de datos de delincuentes más populares. No hay ningún resultado.

Daniela, entre sonrisa y sonrisa, ha estado explicándome que Marta ya no es muy conocida entre sus contactos habituales. Eso sí, las malas lenguas le han comentado que antes se la conocía como “la exclusiva” porque se lo montaba solo con quien quería, y nunca ha sido asociada a un chulo que la controle. Alguien le ha apuntado que tiene una amiga rumana trabajando en el Marconi, pero Daniela aún no ha podido localizarla. Por su experiencia cree que es una Ama con un público selecto, reducido, y la difusión de sus servicios es sobre todo de boca en boca, por mails personales o a través de pequeños foros. No hay anuncios, ni publicidad en webs, ni cosas por el estilo. No se le conoce ficha policial, ni ex pareja, ni problemas con hacienda, ni siquiera una multa de tráfico, entre otras cosas porque no tiene coche, claro.

Magg se centra entonces en las imágenes del personal que entra al edificio en el momento en que Saavedra ha fijado el ataque, aproximadamente entre la una de la tarde y la una y veinte, hora a la que recibo su llamada.

Durante ese intervalo de tiempo salen del portal varias personas, pero solo entran las siguientes tres: La cartera con su homologado carro amarillo que descartamos de momento; una señora con su hija de unos seis años, equipada con mochila de colegio, que no vuelve a salir; y un chico alto con gorra, gafas de sol y chaqueta azul deportiva con el logo de *Los Lakers*, que sale pasados siete minutos, principal sospechoso a priori. Dada la mala calidad de la cámara y la distancia desde su ubicación hasta el portal, Magg no consigue una imagen más nítida del chico para poder identificarle. Solo se aprecia su indumentaria, por lo que decide hacer capturas e imprimirlas, subir a la nube el vídeo del momento de su entrada al edificio y grabar en un *pendrive* toda esa información. Hay que enseñárselo a Saavedra a ver si puede arrojar luz sobre ello. Tendré que hablar con él para acercarme a verle.

Mientras estoy en la sala de reuniones con mis dos compinches y bajo la atenta mirada del reajo mosqueado de mi amada, vibra mi móvil. Se trata del gerente de ARQUITECNIA, alguien a quien no puedo rechazar la llamada.

- Sí, buenos días señor Campos.
- Buenos días Patrocinio. Necesito hablar con usted unos minutos.
- Usted dirá. ¿En qué le puedo ayudar, señor Campos?
- Verá, es un tema delicado que debe conocer. Entiendo que está usted solo, esta conversación tiene que quedarse entre nosotros, de momento. ¿Es así?
- Sí, sí. No se preocupe señor Campos.
- He recibido una información adelantada de un periódico digital. En breve se va a publicar un artículo que deja en muy mal lugar a nuestro cliente y amigo, Antonio Saavedra.
- ¡Coño! Pero,..., cómo se han... es decir,..., ¿qué tienen que publicar sobre él? Yo no sé nada, señor.
- Ya, ya, por eso le llamo, porque usted aún no lo sabe. Mire, se va a destapar un escándalo de corrupción en el Ayuntamiento de Madrid. Se publicarán detalles de transacciones a cuentas bancarias y pagos en especie, todo muy detallado. Alguien ha conseguido infiltrarse en el ordenador personal y los correos de nuestro amigo. Le han cogido por los huevos, yo diría que está hundido y a punto de entrar en prisión.
- ¡Joder! ¡Sí que van a por él!
- ¿A qué se refiere, Patrocinio? Si es un delincuente, ¿tendrán que ir a por él no?
- Sí,..., claro, claro. Eso quería decir yo, señor Campos.
- En fin. Quiero que tenga especial cuidado, ponga atención a todos los negocios que tengamos pendientes con Saavedra. No quiero líos en nuestra empresa. ¿Entendido?
- Sí, sí. Pierda cuidado. No habrá ningún problema.
- Gracias. Que tenga un buen día.

¡Ostias! La historia del apartamento, ahora esto,..., van a hundirle como sea. De hecho no creo que tarden mucho en emitir una orden de búsqueda para llevarle al juzgado. Será cuestión de horas que la policía se presente en su casa. He de hablar antes con él y enseñarle las imágenes. Le pondría un correo, pero con este panorama no me fio de lo que pueda ocurrir, solo faltaba que también me viese involucrado en el crimen de la chica. Son casi las doce de la mañana, tengo que darme prisa.

Una vez explicado a Daniela y Magg el nuevo giro de la historia, haciendo hincapié en que no se preocupen por cobrar su trabajo, que no será un problema, salimos de la oficina. Pasamos por delante de la atenta mirada de Vanesa que está a

punto de implosionar, y me despido con un “voy a acompañarles a tomar un aperitivo y ahora vuelvo”. Creo que esto me va a costar algo más que una cena para solucionarlo. Confío en Daniela claramente, así que les dejo las llaves de mi piso para que tengan un sitio donde poder seguir trabajando. Necesitamos saber los movimientos de Bayo y Otero, después de estas nuevas noticias no me fío de ellos.

En menos de quince minutos en coche me planto en Ramón Gómez de la Serna, giro hacia el norte y enfilo la calle del chalet de Saavedra. Ya le he contactado por *wasap* y está esperándome en casa.

- Hola Antonio, ¿qué tal está?
- Hola Patro, pasa por favor. Vamos a la bodega, allí estaremos más tranquilos.
- Le he traído las imágenes que hemos podido sacar del principal sospechoso. Nos basamos solo en la hora a la que entró y el poco tiempo que tardó en salir del portal.
- Enciendo en portátil y las vemos, amigo Patro.
- Le adelanto que se trata de un chico joven, con gorra, gafas y ropa deportiva, no se le ve la cara.

Bajamos las escaleras que conducen a la planta sótano para acceder a esa bodega estilo medieval, donde seguro se ha celebrado más de una cena multitudinaria, y ahora mismo imagino que alguna bacanal, más propia de la Mansión *Playboy* que de una familia común y corriente.

Se trata de una estancia sin ventanas, con las paredes revestidas de piedra artificial, que guarda un enorme botellero en un lateral de una larga mesa, custodiado por varios escudos de armas en relieve. El valor de esos vinos y cavas seguro que es tan elevado en el mercado, como para su dueño en el corazón. Muestro las imágenes a mi cliente y su expresión se congela, se bloquea, hasta yo siento frío en el cuerpo al ver su cara inmóvil, sus ojos abiertos fijos en esa pantalla. Solo le escucho balbucear:

- Es Sebastián. Ese chico es mi hijo.
- Realmente no se ve bien, Antonio. ¿Está seguro?
- No. No sé. Esa chaqueta es suya, o al menos tiene una igual. Se la compré yo.
- Bueno, puede que no sea él, hombre.
- ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho eso? ¿Cómo sabe que estaba allí? ¿Desde cuándo lo sabe? ¿Por qué le ha hecho daño? Yo no le he educado así, ..., él es todo amor, es un chico bueno, honrado, feliz y risueño. No puede ser que tenga esa maldad por dentro.
- Tranquilo, Antonio. Si es como le describe, no tiene sentido que sea él.

- Yo esperaba que fuese cosa de mis negocios, algo relacionado con lo que usted ya sabe. Pero esto,..., esto no tiene sentido. ¿Me habrá seguido? ¿Cómo lo sabe? ¿En verdad me quiere? Oh, ¡Dios! Si ha sido él, ¿debo denunciarle? Si lo hago irá a la cárcel,..., no puede ir a prisión, tiene toda la vida por delante,..., no puedo hacerle eso.
- Espere, hay algo más, Antonio. Hoy he sabido que se va a destapar una trama de corrupción en la que usted se ve seriamente implicado. Alguien ha filtrado sus correos electrónicos a la prensa y al juzgado. Por eso he tenido que venir personalmente, van a venir a por usted.
- ¿Cómo? ¿Qué cojones está diciendo? ¿Pero usted ha venido a ayudarme o a joderme la vida?
- No, no,..., si esto no es cosa mía Antonio. Es algo que ha llegado a manos del juez a través de alguien que ha pirateado su ordenador.

Un gran silencio. Se serena mínimamente y Saavedra prosigue con signos de abatimiento.

- Mi hijo estudia un grado de ingeniería informática, y siempre se le han dado bien esas cosas. No ha tenido bastante con lo de la chica, o no ha salido como él esperaba y ahora,..., ahora viene con esto.

Los siguientes minutos fueron de llantos y desesperación de un padre descompuesto por la pena. De remordimientos por sentirse culpable, pues algo ha fallado en su educación, en la comunicación entre ambos.

Reflexiones de un padre que no puede creer que su hijo haya crecido y ya no tenga control sobre sus actos, que no puede pensar que ya es un hombre y toma decisiones por sí mismo, y que no admite que el mundo le influencia más que sus progenitores.

Entendí que debía dejar pasar ese tiempo, que la presión sobre Saavedra había sido grande y necesitaba desahogarse. Poco después fue recomponiéndose, ralentizando su respiración y liberando su cabeza.

- A ver, Antonio. Aún no tiene claro que sea él. Mire las imágenes de nuevo, quizá sea más alto que su hijo, ¿puede ser? – pregunto sin conocer al chico, solo para quitar hierro al asunto.
- Ya da igual. Rezo para que no sea él, porque no podría soportarlo, pero me temo que todo apunta hacia Sebastián.

- ¡Aún no sabemos nada de Bayo y Otero! Mis amigos les están siguiendo la pista. ¿Y Jaime? Está en la cárcel, pero podría estar implicado, ¿no? – La verdad es que he dicho lo primero que se me ha ocurrido para abrir posibilidades.
- Sí, claro. Patro, vaya usted a ver a Jaime a la prisión. Yo le consigo un permiso especial en cinco minutos, si es que aún no se ha extendido lo del escándalo de corrupción.

Hoy me quedo sin comer, ya verás. Pillo un sándwich envasado de lomo con queso en el chino de la esquina, no tengo tiempo que perder para llegar hasta Navalcarnero. Quiere descartar esa posibilidad y mientras conduzco hacia la cárcel me conseguirá la autorización.

A las tres de la tarde entro en el recinto del Centro Penitenciario, una cárcel relativamente nueva en la que la masificación es un problema, como en el resto de las madrileñas. Hace poco leí que cada dos días muere un preso en una prisión del estado español, por no mencionar las condiciones sanitarias que dicen soportar, ya que parece ser más rentable administrar kilos de Valium e Ibuprofeno, que escuchar los problemas de la gente. El edificio se asemeja a un instituto, una especie de centro de enseñanza con rejas donde los valores parecen muy diferentes a los de los Centros educativos.

Me encuentro en una sencilla sala de espera, con incómodas sillas enlazadas, similares a las de los hospitales, donde voy a aprovechar para tomarme el puñetero sándwich y una Coca Cola bien fría. Es curioso pero nunca me había parado a leer los ingredientes de un bocadillo de estos, por llamarlo así. El pan está hecho de harina, agua, sal, estabilizantes y demás, bien; el queso tiene leche de varios tipos, nata, espesante, acidulante y demás, bien; el lomo está hecho de fécula de patata, estabilizantes, y aroma. ¿Dónde cojones está el cerdo? El lomo está hecho de patata, como las nuevas bolsas de plástico para la compra, solo que con aroma de embutido. No quiero pensar de qué material hace la lechuga del sándwich vegetal, estoy flipando. Pero me lo como.

Un funcionario me avisa como familiar del recluso y me acompaña a la cabina de cristal número tres. Tras la sorpresa por la visita y los formalismos de turno, voy directo al grano. Quiero saber si conoce a Marta, sin darle mucho detalle, y si sabe algo sobre el escándalo de Saavedra en el Ayuntamiento, no voy a andar perdiendo el tiempo con esto último, en unas horas será de dominio público si no lo es ya.

Aparece Jaime con mejor cara de lo que yo esperaba, exhibiendo una amplia sonrisa. Me recuerda a esa canción de *Melendi* en donde describe una escena entre un suegro y su odiado yerno macarra, y canta que “por fuera sonreía y por dentro se cagaba en tos

mis muertos". Pues eso, mi ex compañero parece que se alegra de verme, pero diría que me apuñala con la mirada.

Tras un leve saludo alzando la mano, comienza un monólogo que no tiene desperdicio.

- Te voy a explicar una cosa, pimpín, sobre la vida y la existencia humana. – escupe mi amigo.

Mira, los tres instintos básicos del cuerpo físico son los siguientes: el de supervivencia, el instinto de conservación y el de procreación. Estos dan lugar a las tres emociones que controlan nuestro "yo" más básico, a saber: el miedo, la ambición y la sexualidad.

- Ah, muy bien. – respondo con total asombro.
- Escucha y calla. El miedo nos protege ante los peligros dando lugar a la supervivencia, pero si el miedo se crece, es capaz de controlar nuestra vida y nos acorrala, no dejándonos vivir.

Por otro lado, comemos alimentos para conservar el cuerpo, ingiriendo sus nutrientes. Pero una vez que se desarrolla la ambición, comemos antes de necesitarlo o lo hacemos en demasía, llegando a ponernos como tú de gordos, incluso hasta límites cercanos a la muerte.

- Qué bien, cuanta información. Quería hacerte unas preguntas, si puedes claro.
- Para terminar, decirte que la sexualidad es necesaria pues nos permite perpetuar la especie, pero en ocasiones nos genera problemas con según qué congéneres. Si se descontrola, toma las riendas de tu vida y puede convertirse en un infierno. Puedes vivir solo para el sexo o hacer según qué cosas para conseguirlo.
- No entiendo qué me quieres decir y no tengo tiempo Jaime.
- No podemos vivir sin emociones y estamos acostumbrados a vivir sin controlarlas, sin educarlas.

Ya me he enterado de lo corrupto que es tu amigo Saavedra. Espero verle pronto por aquí. Hasta luego Patro.

Se marcha dejándome con la palabra en la boca, parece que estuviese esperando mi visita y trajese un guion aprendido que, sinceramente no he entendido bien.

De todas formas, este tío cada vez está peor, estos meses entre rejas no le han hecho mucho bien que digamos. Creo que no sabe nada de Marta, aunque me ha dejado mosca que estuviese tan informado sobre lo otro.

Mientras me acerco a por el coche, para lo que casi tengo que ir a buscar un taxi de lo lejos que está, recibo la llamada de Daniela. Me comenta que han estado

analizando conversaciones telefónicas y correos de los amigos Otero y Bayo, y no parece haber nada que rascar.

- Gracias Daniela. ¿Podrías decirle a Magg que verifique también las visitas que ha recibido Jaime en estos meses? No quiero dejar cabos sueltos.
- Sí, claro,..., pero, vienes de verle, ¿no?
- Sí, sí, por eso. El tiempo se acaba. De esta noche no pasa que aparezca la policía en casa de Saavedra y no tengo nada. Tenemos que agotar posibilidades.
- Vale. Oye, Patro, ¿qué te dijo el cliente de las imágenes? ¿Ha reconocido al chico?
- Buf,..., cree que es su hijo, pero realmente solo lo dice por la ropa, así que no sirve de mucho.
- Ah, bien. Y, ¿por qué no vamos a hablar con él? Con su hijo. ¿Qué opinas?
- Bueno, no parece mala idea. En media hora os recojo en mi casa. Espero que me hayáis dejado alguna cerveza en la nevera, que ya nos conocemos.
- Tranquilo gordito – responde entre carcajadas mi compañera de aventuras.

Cuando ella me llama así no me duele, no es como cuando Ricky lo hace. En su voz suena dulce, cariñoso, incluso sensual, nada despectivo.

Ahora que he aprendido, gracias a Saavedra, me gusta usar la función de control por voz de Siri y mientras conduzco de vuelta al sur de Madrid, llamo para informarle de mi nula gestión en la cárcel. Aprovecho para preguntarle por el paradero de su hijo, al que yo suponía en su casa, y Antonio me indica que Sebastián se encuentra en una sala de exposiciones cerca de la Puerta de Toledo. Me mandará la dirección por *wasap*.

Son cerca de las cuatro y media de la tarde y me encuentro parado en la puerta de mi urbanización. En esta zona del ensanche sur de Alcorcón no es un problema permanecer durante un rato con el coche en doble fila, casi no hay tráfico.

Vanesa me ha llamado un par de veces desde que dije que me iba a acompañar a los supuestos informáticos. No he tenido cojones para cogerle el teléfono y explicarle nada. Le he puesto un *wasap* diciendo que ha surgido un imprevisto con un cliente, y que ya nos veremos después. Me va a costar arreglar esto.

Esperaba a dos acompañantes y así es, solo que el lugar de aparecer Daniela con el calvo, viene escoltada por Ricky. Ni siquiera sabía que el chulo este estaba en mi casa, ahora ya no me preocupan las cervezas de la nevera. Ahora me preocupa el mueble bar, las cuatro cosas de valor que tengo, e incluso si ha sido capaz de ponerme cámaras o micrófonos, menudo elemento. Estoy jodido.

- ¡Vaya! No sabía que estuvieras en mi casa Ricky.

- Hola gordito. Conduce y calla.
- Magg no ha podido venir Patro. Está liado revisando las visitas que ha recibido tu amigo Jaime.
- Ya, bueno. Pues nada, vamos a ver al chico. Está en el *Espacio de las Aguas*, en una exposición de hiperrealismo.
- Pues venga, ya estás tardando gordito.- Repite el cabrón de Ricky.

Prefiero no discutir con este cafre, así que arranco en dirección a la galería de arte bajo la atenta mirada del rabillo de su ojo.

He tenido que dar cuatro vueltas para aparcar en zona verde, nada comparable a mi barrio.

Accedemos a una sala pequeña de dos alturas que se antoja improvisada aunque no lo es. Su decoración inexistente, de líneas limpias y sobrias es perfecta para presentar la obra, en este caso, de un autor sevillano conocido internacionalmente. Podemos ver en la exposición una pequeña colección de sus últimos trabajos, una quincena de retratos de una realidad impresionante, cuyo precio prefiero no conocer pues parecen muy exclusivos. El autor nos recibe en el hall con una copa de cava y un cordial saludo, junto al cartel de su nombre y el título de la presentación.

RUBÉN BELLOSO ADORNA
HISTORIAS PINTADAS

Enseguida localizamos a Sebastián que visita la sala solo y en silencio, se encuentra parado frente al *Caballero de la Triste Figura*, pastel sobre papel. Parece demasiado tranquilo para haber cometido nada parecido a lo que le suponemos. Las manos en los bolsillos, los hombros caídos y cuerpo demasiado relajado me hacen pensar en alguien muy acostumbrado a asesinar a sangre fría, o realmente ajeno a esta historia. Él no nos conoce, así que nos acercamos con cierta cautela para formalizar una pequeña presentación.

- Hola, eres Sebastián, ¿verdad?
- Sí. ¿Nos conocemos?
- No. Me contrata tu padre, Antonio. Necesitamos hablar contigo de un asunto.
- ¿Qué asunto? ¿Qué me estás contando, tío?
- Verás, ayer tu padre llegó a casa un poco pronto y bastante maltrecho. Tiene que ver con eso. Él nos ha contratado para arreglar un tema y tenemos que hablar contigo. Confía en mí, por favor. Me llamo Patro, y estos son Daniela y Ricky.
- ¿Y qué quieres? ¿Mi padre está bien?

- Mejor vamos fuera, aunque solo sea a la puerta.
- Cuéntamelo aquí,..., mira tío, que paso de ti. Mi padre no contrata gente como vosotros.

Sin perder un instante, Ricky levanta a Sebastián bruscamente por el cuello con su mano derecha, poniéndolo contra la pared y provocándole la falta de aire ante el asombro de los pocos presentes.

- Escucha, pedazo de mierda. Has querido joder a tu padre y ahora necesito que largues. No me queda paciencia, ni tiempo. Como me hinchas los cojones te parto el cuello, ¿entiendes?
- Vamos Ricky, suéltale – intercede Daniela – esas no son maneras delante de la gente.

Inmediatamente le suelta y el chaval se deja caer al suelo, quedando medio sentado, enrojecido, con sus manos en la garganta intentando recuperar la respiración.

- Es mejor que salgamos fuera, Sebastián, no te queremos hacer daño. Tranquilo que mi amigo no volverá a tocarte – comento en voz baja mientras miro de reojo al capullo de Ricky.
- ¡Y una mierda! ¡Ahora sí que no salgo! – responde el chico con ojos llorosos.
- Mira, para que te quedes tranquilo Daniela saldrá fuera con él, y tú y yo charlamos aquí mismo cinco minutos. ¿Te parece?

No obtengo respuesta afirmativa pero el grupo, sorprendentemente para mí, se dispone conforme a mis indicaciones, dejando al chico en mis manos y en modo receptivo, posiblemente por el acojone que tiene.

Le explico entonces el motivo por el que su padre se encontraba en casa de Marta, cuáles eran sus juegos y el ataque que la chica ha sufrido, arrancándole la vida. Menciono que han intentado implicar a su padre en ese crimen, incluyendo el detalle de la droga y excluyendo el de la jaula, creo que este último no es necesario para un hijo.

Yo diría que me está creyendo porque la cara del chaval se desencaja por momentos, se va quedando pálido y hasta noto cierto temblor en su boca entreabierta y en sus manos. Le comento mínimamente las averiguaciones que hemos llevado a cabo, entre otras cosas porque le veo tan inocente como a un pajarito, y le informo de que Saavedra ha identificado su chaqueta azul de *Los Lakers* como la del agresor.

Sebastián se desmorona, se echa a llorar con la cabeza entre los brazos mientras el personal de la sala permanece expectante. Tras la bronca de Ricky y los llantos del chico no creo que tarden en llamar a la policía. El vástago de Saavedra no admite su culpa, es más, se siente ofendido y no es capaz de creer que su padre dude de él de esa manera. Está convencido de que la situación debe haberle sobrepasado, pues no está valorando que él simplemente adora a su progenitor, y “jamás, pero jamás de los jamases” podría hacerle daño, y así me lo hace saber. Además esa chaqueta no tiene ni idea de donde está, suele intercambiar la ropa con su novio y sus amigos.

Pasados unos minutos, una vez se ha tranquilizado mínimamente, salimos fuera a reunirnos con el resto y explicarles su respuesta. Ricky en otro arranque de los suyos, que no venía al caso, le acorrala contra la pared. Él no sabe preguntar sin acosar, me figuro que sea un defecto genético de su especie.

- ¿Y tu novio? ¿Dónde está tu novio, maricón?
- ¿Qué? Él no tiene nada que ver. Déjame en paz, ¡chulo de mierda!

Palabras incorrectas para un habitante de *Atapuerca*, que llevan a una incómoda situación a la cabeza del chico, pasando a estar rodeada por el brazo de Ricky a modo de “llave parte cuellos”. – Creo que también tiene algún complejo de *Bud Spencer*. En éstas, es imposible razonar con el forzado, así que Daniela trata de tranquilizarle, de hacerle respirar profundo, por lo menos para que el chaval pueda sobrevivir y hablar.

- Es verdad que a papá no le gusta mi novio, hasta me ha dicho que no quiere verme con él. Pero de eso a que Ahmed sea un asesino,..., creo que os estáis pasando mazo. Me cabrea mogollón lo que dices, casi tanto como lo de antes, Ahmed me quiere, ¿sabes?
- Perdona Sebastián. El que se ha pasado un huevo es el que le ha cortado el cuello a la chica – puntualizo sin miramientos.
- Dime la dirección de tu novio, julandrón. Quiero ir a ver a ese *soplanucas* y echármelo a la cara – reclama Ricky asfixiando aún más con su brazo.
- ¡Ni de coña! ¡Gilipollas!

Ese momento de chulería le duró a Sebastián exactamente diez segundos. Cuando su cara empezó a ponerse aún más morada por la falta de oxígeno, empezó a hacer gestos con las manos y terminó confesando con todo lujo de detalles la dirección de su pareja. Para entonces Daniela ya le había mangado el móvil de forma que no pudiera avisar a su novio de nuestra llegada.

Por supuesto que mi amigo Ricky se empeñó en llevarse al pequeño Saavedra en el asiento de atrás, por si había tenido un momento de falsa lucidez y nos pasábamos dando vueltas por Estrecho más de lo debido.

Otra vez coche en doble fila, en esta ocasión con Daniela y Sebastián en la parte de atrás, a la puerta de la dirección indicada. Por si lo dudas, ella es capaz de sujetarle, de atarle y de dejarle k.o. de una sola ostia, si hace falta.

Ricky y yo accedemos al antiguo portal de un edificio de Madrid de los de toda la vida, que se encuentra abierto. Atravesamos un pasillo estrecho, oscuro, con olor a madera vieja, a polvo, como si estuviera recubierto de moqueta que llevara veinte años sin limpiarse, que conduce al elevador. Con dificultades por la falta de luz pulsamos el botón de llamada de un aparato de cabina enrejada y puertas de seguridad tipo fuelle. Una vez dentro las miradas se fijan en el panel de control, uno de esos dorados con botones redondos y negros para cada uno de los pisos. Parece sacado de una película de los años cincuenta. Siempre me han llamado la atención estos ascensores que te dejan observar el exterior en todo momento, permitiéndote apreciar la escalinata de madera que le va rodeando.

Entre el tiempo que tardas en abrir y cerrar las puertecillas plegables y la reja de entrada, y la escalofriante velocidad de movimiento, habríamos llegado antes andando hasta el tercer piso.

- ¿Sí? ¿Quién es? – Responde una voz masculina al otro lado, tras el sonido del timbre.
- Hola, traigo un paquete de Amazon – una improvisación que hace abrirse la puerta ligeramente.

La cara de un chico joven asoma mínimamente junto al marco de la entrada, provocando que mi amigo paleolítico no se corte ni un pelo y, de una patada, termine de abrirse hueco y le acorrale contra la pared del pasillo, sin explicaciones ni vacilaciones.

- ¿Eres Ahmed? ¡Contesta! – vocea Ricky mientras le voltea y sujeta sus brazos a la espalda.
- ¡Sí!,..., Pero, ¿qué pasa? ¿Qué coño es esto?
- Sabemos lo que hiciste ayer con esa chica, ..., esa a la que le cortaste el cuello, ¡moro de mierda! – escupe tranquilamente mi acompañante. Yo permanezco paralizado como un idiota, debería haber esperado esta escena.
- ¿Qué dices tío? Yo no he hecho nada. ¿Eres policía? – Una pregunta que me hace aprovechar esa dirección.

- Ahmed, tenemos imágenes tuyas entrando a la casa de la víctima. Te hemos pillado por la chaqueta de *Los Lakers*, la que tienes de tu novio. Él está abajo – comento como si fuera el oficial a cargo de la detención.
- ¡Joder! Que no sé de qué cojones me estáis hablando, ¡lo juro!
- ¡Estas jodido, chaval! En la cárcel vas a ser la zorra de todos, ¡mariconazo! – No comparto las palabras Ricky, pero ahora mismo me vienen bien para presionar al chico.
- Vamos, Ahmed. Sabemos que fuiste allí.
- ¡Yo no tengo esa chaqueta! Os lo juro,..., ¡joder! ¡Suéltame, cabrón!

No habíamos calculado que podría estar acompañado en la casa. De hecho no habíamos valorado ni siquiera si vive con sus padres, o con quién comparte en piso. Inmediatamente aparece en escena un chico delgado, también de raza árabe, con rasgos muy parecidos a los de nuestro sospechoso, aunque más fuerte que él, que grita desde el otro lado del pasillo.

- ¡Eh!,..., ¡Vosotros! ¡Dejad tranquilo a mi hermano!
- ¿Tú quién pollas eres? – pregunta Ricky clavando su mirada en él.
- Me llamo Yamil. ¿Sois policías? No tenéis pinta,..., ¡a ver las placas!
- Ven aquí a buscarla, ¡payaso!

Como dos leones peleando por el mismo trozo de carne se abalanzan el uno contra el otro. Parecieran estar infectados por un mismo virus que hace dispararse su instinto animal de lucha territorial de forma instantánea.

Ahmed en un lado del pasillo y yo en el otro, observamos atentos e inmóviles, casi sin respiración, cómo esas dos masas de testosterona se golpean sin control, como si fuera únicamente para lo que han sido creados.

En unos minutos Yamil se encuentra tumbado en el suelo boca abajo. Sangra por la boca, por la nariz, tiene un ojo hinchado y se encuentra maniatado a la espalda con los cordones de las botas militares de Ricky. Un soldado de oriente que no tenía nada que hacer contra el hermano mayor de Rambo.

- Ahmed no tiene nada que ver en esta historia. Yo soy al que buscáis – confiesa con prepotencia, orgulloso de su hazaña.
- ¿Ah, sí?, moro de mierda,..., ¿Y por qué tengo que creerte?

Con los ojos, o mejor dicho, con el que le queda abierto saltándole de la cara por el odio de estar inmovilizado, relata cómo ha planeado todo. Explica cómo siguió a Marta

en su día a día, como estudió sus movimientos y sus lugares habituales, para terminar apropiándose de su bolso una mañana en el súper de la esquina. Lo hizo de forma que ella no echase en falta nada. Su única intención era *hackear* una *App* del móvil de la chica que controlaba la cerradura de su piso de trabajo. Ya se había fijado que abría la puerta con el móvil y Yamil, como el resto de la familia, controla de informática. Espiarla se había convertido en su obsesión.

Explica poseído por la ira que la mató por viciosa, para quitarle una lacra a la sociedad. Las mujeres no tienen derecho a tener ese comportamiento lascivo. Ella debería haberse dedicado a tener hijos, cuidar de ellos y de su marido, y no a mantener relaciones sexuales con hombres por dinero. Aunque que, quede claro que él no atenta contra todas las putas, es que Marta era de lo peor.

Ese día se cercioró de las relaciones anormales que tenía con pervertidos, seguramente necesitados de tratamiento psiquiátrico, o quizás de un tiro entre ceja y ceja, como el padre de Sebastián. Solo había que ver el antro en el que trabajaba, lleno de extraños artilugios que atentan contra la moral humana y también divina. Nos cuenta además, que tuvo la deferencia, en un arranque de bondad, de matarla sin sufrimiento, de manera rápida. Un sacrificio en nombre de su propia conciencia.

En cuanto a la droga, ese paquete era un regalo para Saavedra por hijo de puta, por pervertido, por enfermo mental que no debería haber nacido. Otra carga para la ciudadanía que envenena a los que le rodean, incluido su hijo, que seguro ha salido maricón por eso o vete a saber tú si por algo aún peor. Para él su sitio es la cárcel, claramente.

A la pregunta sobre la chaqueta de las imágenes, detalle que a estas alturas no importa demasiado, la respuesta es simplemente que suele compartir la ropa con su hermano, sin más.

En un breve instante analizo los datos vomitados por ese chico y, teniendo en cuenta el odio que guarda encerrado en su cabeza, me planteo si él tendrá también alguna relación con la filtración de datos del ordenador de Saavedra. Ya que está por cantar, probemos a despejar la duda.

- Una cosa, Yamil. ¿Tú sabes algo de un escándalo de corrupción en el Ayuntamiento?
- ¿Qué dices? – Responde con una mueca de sorpresa.
- ¿Entiendo que es cosa tuya? – Pregunto de nuevo.

- ¡Pues claro que no, gordo! No sé de qué me hablas – ¿Por qué todo el mundo se mete con mi cuerpo? ¿Es que no se fijan en nada mas de mí?,..., Me estoy hartando.

Finalmente Yamil calla. Ricky no se corta un pelo y, tras voltear al chico maniatado, le propina un puñetazo en la nariz que le deja inconsciente. Tiene un control poco común de las situaciones que no deja indiferente a nadie.

Comenzamos a levantarlo entre los dos para trasladarlo a casa de Saavedra ante la atenta mirada de Ahmed, que parece en estado de *shock*. Tiene cara de no saber si llorar por ver a Yamil sangrando y sin sentido, o aprovechar para escupirle y meterle un par de patadas por lo que acaba de confesar.

- ¿Mi hermano ha perdido la cabeza? Esto lo ha hecho él solo, o ¿está metido en algún lío? No entiendo nada – balbucea Ahmed entre lágrimas.
- Bueno, tú mismo lo has oído. Habla de mucho odio, parece que sus creencias le empujan, ¿no? – Respondo mientras le insto con la mirada a que nos eche una mano para moverle.
- ¿Creencias? ¡Se ha cargado a una mujer! Habla de drogas y pirateo informático con una naturalidad pasmosa. ¡Estoy flipando! ¡Esto parece una peli!
- Vamos al coche. Acompáñanos por favor, Sebastián está abajo esperando.
- ¡Vamos, tíos! Este colega pesa un huevo – vocifera Ricky metiendo prisas.

Una vez finalizados los esperados alaridos de Sebastián por vernos cargando con Yamil inconsciente y amoratado, y habiendo colocado a éste en el maletero, más que nada porque no hay otro sitio y es donde menos molesta, nos dirigimos los cinco ocupantes al chalet de Arroyo Fresno. Me dispongo a informar a Antonio durante el trayecto de la situación, sobre todo para que nos abra el garaje. Es importante para nuestra tranquilidad poder meter el coche dentro, no creo que quiera más problemas de los que ya tiene.

Saavedra nos está esperando a pie de calle, junto a la verja de su entrada, justamente delante de los tres enanitos de jardín que esperan con su cara de enfado nuestras noticias.

- Hola Patro, ya está abierto el garaje. Adelante, por favor.
- Claro, Antonio. Gracias.
- Hola papá,..., ¿cómo has podido dudar? – Suelta Sebastián ofendido en el alma, mientras escapa con su novio en dirección a la bodega del sótano.
- Hola señor Saavedra, ¿cómo está? Soy Daniela, y este es mi amigo Ricky, creo que ya nos conoce, aunque nunca nos habíamos visto.

- Hola Daniela, un placer – responde educado el ejecutivo a la señorita a la vez que hace un gesto de aprobación al chulo, que pasa de largo. Va directo al maletero a sacar al chaval.
- Necesito ayuda, ¡joder! Este tío pesa como un puto muerto.
- Voy Ricky, ya voy. Eche una mano, por favor, Antonio.
- ¡Coño! Como se nota quien es el que pone la pasta, a él le hablas de usted y todo, gordito. Venga, coge por los pies.
- Vamos a dejarle en la bodega. Ahí podremos hablar tranquilos. Voy a cerrar el garaje y avisar a mi mujer para que los baje unos cafés.

He de reconocer que estoy reventado. Trasladar un cuerpo a peso muerto de unos ochenta kilos es más de lo que mi cuerpo está acostumbrado a ejercitarse en un día como hoy. Llevo despierto desde demasiado temprano. Menos mal que Yamil ha empezado a recobrar la consciencia y colabora con el paso.

Con un sorprendente comportamiento civilizado y en cierto silencio, nos sentamos alrededor de la mesa de la bodega. Se respira tensión.

En un extremo el señor Saavedra, a su derecha Daniela haciéndole ojitos, y a su izquierda la pareja formada por Sebastián y Ahmed. Los chicos están cogidos de la mano, aunque creo que solo para joder a su padre porque no se les ve demasiado cariñosos. Permanecen serios, sin mirarse a la cara entre ellos. A continuación de ellos estoy yo, haciendo de frontera entre Ricky del resto de los mortales. Yamil se encuentra sentado en el otro extremo, junto al cavernícola, con las manos atadas a la espalda entre los barrotes de la silla. Venía tan atontado que no ha sido difícil colocarle de ese modo.

Atentos, expectantes, intercambiando miradas sin dejar salir los pensamientos. Parece que estemos jugando a algún juego de rol mental, o esperando la bocina de salida de una carrera de sacos para echar a andar, en este caso a hablar.

En breve se abre la puerta y quien entra es Pilar, la señora de Saavedra. Lleva con dificultad una enorme bandeja plateada con tazas de porcelana, una jarra de café, una de leche y azúcar moreno en terrones. Todas nuestras miradas se centran tranquilamente en ella, quién apoya el borde la bandeja sobre la mesa y levanta la mirada para saludar.

Es ahora cuando su cara cambia de la amabilidad a la sorpresa, al ver al personal allí reunido, sobre todo al percatarse del chico amoratado y amarrado. Termina de colocar la bandeja, no sin dificultad, y lanza un leve suspiro de asombro que acompaña con un “¡Dios mío!” que hace eco en la sala.

- Tranquila cariño, en cuanto pueda te lo explico todo. – se apresura a decir Antonio ante el asombro de su mujer.
- Casi mejor nos lo explicas a todos, ¿no papá? Porque a Ahmed y a mí todo esto nos parece una locura. ¡Te has montado una peli increíble! – grita con mezcla de cólera y tristeza.
- ¿Y tú? Me puedes explicar hermano, ¿qué significa todo esto? Estoy flipando,..., te has vuelto loco, Yamil – increpa Ahmed al susodicho.
- Bueno todo a su tiempo chicos, dejad hablar a Don Antonio.

Procedo a intentar poner algo de paz, empezando por la relación entre mi cliente y su hijo, mientras escucho sonar un móvil sobre la mesa. Daniela mira la pantalla y responde.

Se produce entonces una batalla de acusaciones y reproches entre la mayoría de los asistentes, no me incluyo, cosa bastante normal teniendo en cuenta la gravedad de lo ocurrido. Daniela levanta la cara para ordenar callar a todos con un grito.

- ¡A ver! ¡Necesito silencio! Es una llamada de Magg.
- ¿Quién? – Contesta Saavedra.
- Nuestro informático que ha estado contrastando las visitas que ha recibido su amigo Jaime estando entre rejas. Tengo algo muy importante que contar, o mejor me callo, y,..., ¿lo cuenta usted? – pregunta Daniela mientras dirige su mirada hacia la puerta de entrada.

Allí se encuentra la señora Saavedra, Pilar, mirando fijamente a mi amiga. Su actitud pasa de sirvienta sorprendida, a través de una amplia respiración, a implicada liberada. Se acerca despacio a la mesa con actitud tranquila, para dirigirse con tono seguro hacia su marido:

- Cada viernes por la tarde, desde hace tres meses, durante cuarenta minutos y previa autorización de la Dirección del Centro, ya que no soy familiar directa, he ido a la cárcel a visitar a Jaime. A ti te decía que iba al salón de belleza. Estabas demasiado ocupado como para no darte cuenta de que volvía sin cambios en el peinado o en las manos.
- Pilar,..., ¿para qué ibas? ¿Por qué?
- ¿Por qué? Porque no te quiero Antonio.
Porque este matrimonio no funciona desde hace años. Porque me dejaste sola, me encontraba vacía, muerta por dentro, seca. Entre nosotros no hay sexo, y no es que no haya amor,..., es que no hay ni cariño, ni respeto,..., no hay nada.

- Cariño se te ha ido la cabeza. Quieres que te traiga...
- ¡No! ¡Cállate! No quiero que traigas nada. Estoy harta de ti, de tus pastillas, de tu manera de ver la vida, bueno,..., tu vida. Estoy harta de cómo me ignoras y de cómo me apartas, me tapas para no tener que verme... Has intentado apagarme hasta casi conseguir ahogarme dentro de mí.

No te aguanto más, Antonio.

El silencio en la sala es demoledor. Todos nos encontramos expectantes, asistiendo como público a una discusión íntima que se ha convertido en el eje fundamental de esta historia.

Pilar relata, con verdadero dolor en la voz, cómo sabe desde hace mucho de las infidelidades de su marido y de sus nuevas prácticas sexuales.

Como lloró amargamente al principio, sintiéndose culpable por esa conducta, preguntándose a cada rato qué había hecho mal y qué debía hacer para que todo volviese a estar bien. Después de muchas lágrimas, la pena se convirtió en depresión y ésta en costumbre, en asunción de realidad.

Hace cuatro meses conoció a Jaime, con motivo de su detención en plena calle por el asesinato de aquella chica. Antonio mismo le dio ciertos detalles del caso, incluso le explicó que él había influido en la historia encarcelando también a otros dos personajes.

Quizá fue eso lo que le motivó para conocerle personalmente, para intentar entender al acusado, comprender su historia, su verdad.

Ella nos reconoce que muy probablemente Jaime se aprovechó de la situación y buscó no solo un abrigo y un abrazo, sino un apoyo económico, logístico, si cabe. Pero no le importa en absoluto. Él es un atractivo hombre joven y ella una mujer que necesita sentirse deseada, aunque tenga que ser sobornando al guardia civil del turno del calabozo. Algo salvaje y rápido en los lavabos de los juzgados siempre es bienvenido, dadas las circunstancias.

Desde entonces están juntos aunque físicamente separados y Jaime ha hecho que vea claro su futuro: hay que quitar de en medio a Saavedra y vivir con su dinero. La vida es una oportunidad única e irrepetible.

Reconoce tranquilamente que tampoco soporta a Ahmed. Tener a Sebastián ha sido la mejor experiencia del mundo, pero ya es un hombre con libertad y personalidad propia, ya no puede decirle lo que debe o no hacer.

Nunca le ha importado su condición sexual, exceptuando el inconveniente de no ser jamás abuela, pero eso de tener un novio musulmán,..., eso no puede darle más que problemas.

Harta de cargar a sus espaldas con problemas, de buscar soluciones que nunca se pondrán en práctica, pues no puede impedir las conductas de su familia, continúa su explicación afirmando con pasmosa tranquilidad, haber decidido intentar terminar con esa relación.

Ella tiene el número de móvil de Ahmed, por aquello de si a Sebastián se le olvida el suyo un día, y aprovechó para llamarle directamente y hacerle una proposición. Le pagaría para que fuese a casa de la puta con la que se veía su marido y colocara el paquete de coca que Jaime le había conseguido a través de sus amistades en el exterior. Una apuesta arriesgada con la que pretendía convencerle de que era mejor eliminar de su camino a Antonio. Había observado al chico y estaba segura de que le parecería bien, dadas las broncas que solía tener su futuro suegro con Sebastián por su culpa.

La finalidad era que la prostituta denunciase la intrusión y que la policía terminase por identificar y detener al chico, acusándole de un delito contra la salud pública, una técnica que Saavedra conoce muy bien.

El argumento de cara a Ahmed era otro diferente, claro. Una vez colocado el paquete ella llamaría a los agentes, que tendría en preaviso, para que entraran en la casa y la detenida fuera la mujer. Saavedra saldría ridiculizado de la situación y su futuro yerno estaría ayudando a que el divorcio fuera justificado e inminente.

Sin embargo, el día de la llamada fue Ahmed quien se había olvidado el móvil en su casa y Yamil quien contestó. Pilar conocía al hermano de haber estado alguna vez en su casa acompañando a la pareja y le expuso la misma proposición. Yamil decidió ayudar, basándose en que entendía justificada su necesidad de separación. La trama no tendría el mismo efecto que sobre Ahmed, pero ella pensó: “quién sabe,..., si detienen a Yamil podré ejercer más presión sobre Sebastián, argumentando que esa familia no es una buena influencia”, además de intentar sacar a Antonio en buena parte de la prensa del país.

Por supuesto existía una segunda parte del plan, una vez humillado había que hundir a su marido por completo. Cuando Saavedra volvió a casa ayer por la tarde, ya se había puesto en marcha esa venganza. En realidad era un poco arriesgada, desconocía los resultados que podría tener y contaba con la desventaja de la posible sospecha de su marido, que podría acabar pidiendo el divorcio, algo poco interesante para la esposa.

Aun así, entró en el despacho de Antonio para colocar en un puerto del *PC* el dispositivo que un conocido de Jaime le había proporcionado. Con el gesto ese *hacker* a sueldo tenía acceso a la máquina desde su portátil. Es como instalar *Teamviewer* en tu ordenador para un control remoto, pero sin necesidad de introducir contraseña de acceso. Solo es necesario tener encendido el ordenador del ejecutivo para visualizar todos sus archivos, aunque es primordial que el propietario no esté frente a la pantalla, pues se queda en modo suspendido y se daría cuenta.

Fueron dos horas de espera, en las que Saavedra no debía acercarse al despacho. Eran las necesarias para analizar minuciosamente el contenido y poder copiar todos los datos interesantes.

En el *Outlook* encontró correos que justificaban regalos a personajes públicos del ayuntamiento, viajes, cenas y alquileres vacacionales cuyos localizadores enviaba el constructor por *mail*. En otros se devuelven respuestas insinuando la adjudicación de trabajos a su empresa o poniendo cita para firmar papeles en el Ayuntamiento. En concreto, en uno de ellos, se fija una fecha para la contratación de un encargo: la construcción de un nuevo colegio público de educación especial en el barrio de Sanchinarro.

Pilar bromea con la idea de haber hecho con esos datos lo que cualquier ciudadano responsable debía hacer.

Después calla, se enciende un cigarrillo, se sirve un whisky y se sienta en soledad en uno de los taburetes de la barra de la bodega, apartada del resto. La decepción en las caras de los chicos es patente, al igual que la sorpresa y la desolación en la de Antonio.

- De todos modos, no hay pruebas de lo que acabo de contar. Igual me lo he inventado todo – sonríe terminando su declaración.

Antonio baja la cabeza y derrotado calla. Frente a él, las lágrimas recorren la cara de Sebastián.

Ahmed no se reprime y arranca en quejas hacia su hermano.

- Yamil, tú no eres así, no lo entiendo. Yo no hubiera aceptado ese encargo.
 - ¿Estás ciego? Ya te dije que la puta era una viciosa y tu jodido suegro un enfermo que tenía que estar en la cárcel. Aunque la loca esta no me lo pidió, yo la maté. Sí. Yo fui a esa casa con todas las consecuencias.
- Es más, te voy a contar una cosa hermanito. No creí a tu suegra cuando me dijo que tenía a la policía sobre aviso. Ahí se olía algo raro, tío. Por eso me tapé la

cara y te pillé la chaqueta del armario, a ver si la reconocían y le cargaban el muerto a tu puto novio. Es un maricón asqueroso que te tiene sorbido el coco, te ha pervertido Ahmed. ¡Eres tú el que no eras así!

Ricky y Daniela se levantan de la mesa y salen cortando el silencio que se respira de nuevo en la bodega.

Yo permanezco expectante, observando la cara de odio de la señora Saavedra ante las palabras del asesino. No pensaba que el encargo pudiera volverse en contra de su amado hijo.

Saavedra, sabiendo que va a pasar una temporada entre rejas, se marcha tomando con el brazo por encima del hombro a su heredero, al que no acompaña Ahmed hacia el piso de arriba. Sebastián le busca con la mirada pero su novio baja la cabeza y huye corriendo de la escena y de la casa sin mediar palabra.

Yamil permanece atado a la silla, de espaldas a Pilar, que continúa en la barra, tomándose un segundo whisky, que a mí no me vendría nada mal a estas alturas.

Ambos cruzan miradas asesinas. El uno porque el odio le come por dentro, le han dado una paliza y se siente engañado, utilizado. En realidad la señora deseaba verle a él o a su hermano entre rejas. Sabe que ese será su futuro en breve, aunque ahora, por propia iniciativa.

La otra porque su encargo no ha salido como esperaba, el asesinato ha trastocado sus planes. Además el moro en realidad buscaba inculpar a su hijo, en su arranque de impartir su justicia divina. Ahora Antonio pedirá el divorcio y se producirá un reparto de bienes no deseado.

Se diría que es posible respirar un ambiente frío en esta sala, a pesar del mes en que nos encontramos.

Me acerco despacio por la espalda del chico, saco mi navaja multiusos del bolsillo trasero y sin mediar palabra corto sus cuerdas, ante el asombro camuflado de indiferencia que demuestra la señora.

Salgo en silencio de la bodega y condeno la puerta desde fuera, usando la llave que cuelga del pomo de forja. Lo que ocurra ahí dentro en los próximos minutos lo dejo en manos de Dios y de Alá. Difícil tarea les encomiendo.

Tendré que llamar a la policía para que venga hasta la casa y haga lo que le parezca oportuno con el panorama que se encuentre. Han superado mis expectativas para un viernes, yo solo quería una tarde de piscina y cañas en alguna tranquila terraza con mi amor, que a estas alturas debe estar odiándome, como poco.

En el jardín de la entrada del chalet se encuentra Daniela, de pie, vigilada por los tres enanitos enfadados que sirven de testigos al pago en efectivo de Saavedra. Al sacar mi coche del garaje gira la cara y me guiña un ojo como despedida amistosa, a la vez que Antonio hace lo propio asintiendo con la cabeza.

En cuanto se conecta el *bluetooth* de mi coche suena el móvil. Compruebo en la pantalla el contacto y es mi madre. Botón rojo de rechazar llamada. Ahora no me quedan fuerzas para eso, pero la llamaré mañana, sin falta.

Pienso de nuevo en Vanesa. Pienso en las reflexiones de Jaime. En el control que ejercen sobre nosotros las emociones, el miedo, el sexo y la ambición, no siempre con ese orden de importancia. Espero que cuando llegue a casa no se me note que he llorado.

CBS – MARZO 2019

DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo solo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas,
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje
al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
no esconda como acero
en mi pecho su ala,
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
sometiendo a otra vida su vida,
sin más horizontes que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,
cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;
donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
disuelto en niebla, ausencia,
ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.

Luis Cernuda